

LA VISTA DE LA FORTUNA,
~~Francisco Lopez~~

A D. Julian Rorner

su amigo.

Don. Rod. Anbr

Francisco Lopez

C3268

LA RUEDA DE LA FORTUNA,

COMEDIA

EN CUATRO ACTOS

DE

D. TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1843.

R.12998

PERSONAS.

ACTORES.

ZENON.	<i>D. Julian Romea.</i>
MAURICIO.	<i>D. Antonio Guzman.</i>
CLARA.	<i>D.^a Teodora Lamadrid.</i>
D. DIEGO FAJARDO. . .	<i>D. Elias Noren.</i>
EL CONDE DEL VALLE.	<i>D. Florencio Romea.</i>
PETRONILA.	<i>D.^a Gerónima Llorente.</i>

Un criado.—Riojanos.

La accion de este acto pasa en un pueblo de la Rioja en 1,74.....

Esta comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima, ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real orden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

A DON JOSÉ ZORRILLA,

TRIBUTO

DE CARIÑO Y RECONOCIMIENTO,

DE SU APASIONADO AMIGO

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

ENON. D. Julian Romeo.
 MACRICO. D. Antonio Guzman.
 CLARA. D.^a Teodora Lamadrid.
 D. DIEGO FAJARDO. D. Elias Noren.
 EL CORDE DEL VALLE. D. Florencia Barba.
 METRONA. **A DON JOSE TORREALBA**
Un criado. — Rayano.

OTRERO

DE CARINO Y RECONOCIMIENTO

DE SU ATENDIDO AMIGO

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

Acto primero.

Sala baja de la casa de un rico labrador de la Rioja. Puerta en el fondo, por la que se descubre el campo, y otras dos, una á la derecha y otra á la izquierda del teatro. En este lado un armario antiguo.

ESCENA PRIMERA.

CLARA. PETRONILA.

PETRONILA. Si no me mata hoy el gozo digo que el gozo no mata.

CLARA. Petronila!... ¿esa alegría...

PETRONILA. Señorita doña Clara, hoy se me quitan diez años de encima.

CLARA. Pero ¿qué causa...

PETRONILA. ¿Pues no sabe usted...

CLARA. No tal.

PETRONILA. Vamos, si yo estoy en Babia; si parezco una chiquilla... si no sé lo que me pasa.

CLARA. Mas...

PETRONILA. A eso voy; por supuesto que estaré como una grana de encendida, lo conozco, porque cuando de él se trata...

CLARA. Mas ¿quién es él?

PETRONILA. Mi Zenon...

CLARA. ¿Qué dice usted? (Con alegría.)

PETRONILA. Sí; el de marras; mi dije, mi estudiantillo, el hijo de mis entrañas...

lo he criado, señorita,
y con decir esto, basta.

CLARA. Sí, sí, ya sé... y ¿qué sucede?
acabe usted.

PETRONILA. Bien; me encanta
ese afán que tiene usted
por saberlo... ¿pues no? vaya,
¿a qué negarlo? Ustedes dos
se quieren...

CLARA. ¡Ay virgen santa!

PETRONILA. Y hace usted bien, si señora;
porque mi Zenón, en plata,
es el mozo mas lucido
que hay en toda la comarca.

CLARA. ¡Por Dios! que mi padre puede
escuchar...

PETRONILA. ¡Hum! qué embajada!

Y que lo escuche y lo sepa...
mejor es hoy que mañana:
si á la postre Dios ó el diablo
han de tirar de la manta...

CLARA. Pero aun no me ha dicho usted...

PETRONILA. Y es verdad, se me olvidaba...
Toma! que ya concluyó
de estudiar y vuelve á casa
hecho un doctor...

CLARA. ¿Cuándo, cuándo?

PETRONILA. Hoy mismo...

CLARA. ¡Cielos!

PETRONILA. Cachaza;

vea usted, vea usted lo que escribe
á su padre... aqui guardada
sobre el corazón la tengo...

ya, ya verá usted qué carta...

CLARA. Venga acá.

PETRONILA. (Dándosela.) Léala usted alto;
quiero otra vez escucharla
aunque lllore, y jimotoe...

CLARA. (Lee.) Padre mio: tengo el placer de anun-
ciarle para su satisfaccion que he terminado felizmente
mis estudios, y que he recibido hace dos dias la borla de
doctor en leyes.

PETRONILA. ¡Qué discreto! ¡Hijo de mi alma!

CLARA. Saldré inmediatamente de esta corte con direccion á ese pueblo, y en breve tendré la envidiable fortuna de abrazar á usted y á mi buena Petronila, para no separarnos jamás.

PETRONILA. Jamás, jamás, ¿lo oye usted?

¡Dios lo bendiga! ¡qué pasta!

CLARA. Con que es decir que muy pronto le veremos.

PETRONILA. Cosa es clara: mas ¿no sigue usted leyendo?

CLARA. ¿Hay mas?

PETRONILA. ¡Friolera! Otra llana, en que habla de usted...

CLARA. ¡De mí!

PETRONILA. A la vuelta, carta canta.

CLARA. Ya no ambiciono mas que una cosa para asegurar completamente mi felicidad... la mano de la virtuosa Clara. Esa joven tan pura como desgraciada me ha inspirado un amor vehemente, profundo, y ahora que ya tengo un porvenir, que me hace mas digno de ella, se lo anuncio á usted, padre mio, porque no dudo que merecerá su aprobacion y me ayudará con su influjo á obtener la esposa que hace mucho tiempo elijió mi razon.»

PETRONILA. ¡Qué bien se esplica! ¿Eh? ¿qué tal? No hay que ponerse encarnada, ¡qué diantre!... aqui estamos solas, y luego, cosa mas santa, ¿no es verdad?

CLARA. Sí... Petronila...

PETRONILA. Levante usted esa cara, que lo demas es andarse con repulgos de empanada. Míreme usted... así, así, y dígame facha á facha... le quiero porque es muy guapo, me regusta, y santas pascuas.

CLARA. Sí, si... pero calle usted, que en esa vecina estancia mi padre...

PETRONILA. Vuelta, mi padre...

- y aunque escuche lo que se habla
que ha de ir el buen señor?
- CLARA.** Sin embargo, sus desgracias
le tienen exasperado,
y pudiera...
- PETRONILA.** Patarata!
verá usted como en la boda
es el primero que baila,
y se le quita la murria
y ese genio de...
- CLARA.** ¡Dios lo haga!
- PETRONILA.** Lo hará, lo hará, y con su amparo
mi señor, sin mas tardanza
la va á pedir á usted hoy.
- CLARA.** ¡Jesus! hoy?
- PETRONILA.** Por qué se espanta?
Ya sabe usted que aqui nunca
nos andamos por las ramas.
Hoy la pide, si señora,
porque quiere á la llegada
de su chico, sorprenderlo
y decirle: buena alhaja
ahí la tienes, cástate,
salud y cosecha larga.
- CLARA.** No quisiera que tan pronto
esas bellas esperanzas
llegaran á convertirse
en realidades amargas.
No sé qué nuevos pesares
está anunciándome el alma.
- PETRONILA.** Otra te pego? ¡por vida...!
¿volvemos á las andadas?
No se apure usted jamas
por duendes ni por fantasmas,
mientras de lejos asusten
y no presenten la cara.
Hoy llega Zenon, señora:
los mozos y las zagalas
tratan de ir á recibirlo
hasta la ermita, y su ama
ya puede usted figurarse
que no piensa caer en falta:

vamos á ver, ¿quiere usted
ser tambien de la comparsa?

CLARA. No sé si querrá mi padre...

PETRONILA. ¡Válgame la Candelaria!
si le tiene usted mas miedo
que á los toros de Navarra.

CLARA. Bueno, yo se lo diré...

PETRONILA. Pues eso que no se trata
de ningun aquel que sea
impropio de gente honrada.

Ea!... me voy: en un vuelo

dejo corriente la casa

y vuelvo aquí por usted...

vamos, ánimo y mas alma...

Si estas niñas de Madril

parecen unas estautas.

ESCENA II.

CLARA.

¿Qué envidiable es esta gente

cón su feliz ignorancia

sin aspirar ambiciosa

del mundo á la pompa vana!

Las horas de su existencia

aquí tranquilas resvalan

bajo el influjo benéfico

de estas purísimas auras...

Y de ese sol que en sus prados

placer y vida derrama

Si yo pudiera algun dia

gozar de la dulce calma

que brinda por todas partes

esta escondida morada,

¡oh!... qué dichosa... mas, no,

¡fascinadora esperanza!...

¿Y el orgullo de mi padre?

¿y el esplendor de su casa?

¡Ay de mí! yo debo ahogar

esta pasion insensata!

Mas ¿quién se acerca? ¿no es él?

¡tan temprano y fuera estaba?

¡Oh!.. ¡cada vez mas sombrío!

en esa frente inclinada

alcanzo á ver la honda huella

de los dolores del alma.—

ESCENA III.

CLARA, D. DIEGO.

DIEGO.

(*Sin reparar en su hija.*)

¡Nadie! tampoco hoy vendrá..

¡qué calma... condenacion!

CLARA.

Padre mio...

DIEGO.

¡Quién! ¿es mi hija?

CLARA.

Vuestra Clara, si señor.

DIEGO.

Muy pronto has dejado el lecho.

CLARA.

Me levanté con el sol...

pero usted ha madrugado

segun veo mas que yo.

DIEGO.

Sí.

CLARA.

Y qué tal? con el paseo

se encuentra usted hoy mejor?

DIEGO.

Lo mismo.

CLARA.

¡Bajó usted al valle?

DIEGO.

No.

CLARA.

¡Es cierto que en derredor

ha heecho la última tormenta

mucho estrago?

DIEGO.

¡Qué sé yo?

CLARA.

¿Se enfada usted?

DIEGO.

No, hija mia;

perdona á mi mal humor

que hasta contigo se estrella

sin motivo ni razon.

Es de mi suerte enemiga

tan escesivo el rigor,

que ya me faltan las fuerzas,

la fe y la resignacion.

Medito en lo grande que era

y en lo pequeño que soy,

y al cabo me he convertido,

- CLARA. ya lo ves, es un huron.
 Pero ¿cuánto mas felices
 vivimos aquí los dos?
 Es cierto que no hay riquezas
 ni lujo ni ostentacion,
 ni aumentamos de la corte
 el brillo deslumbrador,
 mas estas gentes sencillas
 nos aman...
 DIEGO. Por compasion!
 CLARA. En esos montes y valles
 se encuentra...
 DIEGO. Nieve ó calor,
 ó lobos ó precipicios,
 lagunas... ¡linda mansion!
 CLARA. (¡Imposible!.. cada dia
 mas tenaz, válgame Dios!)
 Sabe usted que hoy va á llegar...
 DIEGO. (Con ansiedad.) ¿Quién! ¿tú lo sabes?
 CLARA. Pues no?
 DIEGO. ¿Quién te ha dicho?
 CLARA. Petronila.
 DIEGO. ¿Petronila?
 CLARA. Sí señor.
 DIEGO. Y ¿á ella...
 CLARA. Si lo ha criado...
 DIEGO. ¿Al Conde ha criado?
 CLARA. No,
 á Zenon que hoy va á llegar
 y ya viene hecho un doctor.
 DIEGO. ¿Eh!.. ¿qué importa ese muchacho?
 ¿me traerá la salvacion?

ESCENA IV.

CLARA, D. DIEGO, MAURICIO.

- MAURICIO. Que Dios nos dé buenos dias,
 á ustedes, á mí y á tos.
 CLARA. Muy buenos, señor Mauricio.
 MAURICIO. Y ¿cómo va ese valor,
 señor don Diego?

- DIEGO. Tal cual.
- MAURICIO. Vaya, me alegro: ¿y el sol de la Rioja?
- CLARA. Como siempre...
- MAURICIO. Como siempre, hecho un primor. Hombre, ¿es usted el que á la cresta del monte se encaramó esta mañana?
- DIEGO. Yo, sí.—
- MAURICIO. También es buena aprension.
- DIEGO. Las suelo tener muy raras...
- MAURICIO. Hombre, no digo que no; si pajarraco más propio que usted sobre aquel montón de peñas... ¡quía!... ni pintado.
- DIEGO. (*A Clara.*) Oyes?
- CLARA. (*A Diego.*) Tal vez no pensó...
- MAURICIO. Pues no se ande usted en jolgorios, que en nuestra edá á lo mejor... pataplum!... y en las alturas es muy malo un resvalón.
- DIEGO. Es verdad, señor Mauricio, eso muy bien lo sé yo.—
- MAURICIO. Si es una verdad mas grande que el templo de Salomón. Pero ahora que me recuerdo, tenemos que hablar.
- CLARA. (*Ay Dios!*)
- DIEGO. Conmigo ha de sér?
- MAURICIO. Y á solas.—
- CLARA. Señorita, con perdon...
- CLARA. (*Bajo.*) ¿Qué va usted á hacer?
- DIEGO. Vete, Clara.
- CLARA. (*Ay de mí!*) Voyme, señor.—

ESCENA V.

- MAURICIO. Pues como íbamos diciendo: ello será lo que quiera; mas, cada cual en su esfera...

en fin , señor , yo me entiendo.
 No se me importa un comino
 de que hable la gentecilla ,
 porque aquí como en Castilla
 el pan , pan , y el vino , vino.
 Quisiera hacer un regalo
 á mi chico... y , ya se vé...
 pero , no me escuche usted
 con cara de juez de palo.
 ¡Qué diantre! rueda la bola.
 ¿con rabiar , se para? no ,
 pues haga usted lo que yo...
 Qué?

DIEGO.

MAURICIO.

DIEGO.

Me tiendo á la Bartola.
 Con grande placer lo haria...
 será muy útil , convengo ;
 pero , amigo , yo no tengo
 tan bella filosofía.
 No puedo sufrir tranquilo
 del mundo los desengaños ,
 ni mirar que hace tres años
 voy mendigando un asilo...
 Eso no , voto á mi nombre !
 no hable usted de mendigar
 que ya es mucho alambriar ;
 ¿no está usted en mi casa , hombre ?
 Yo en jamás supe el secreto
 de sus grandes desventuras...
 porque lo que es yo en honduras ,
 la verdad , nunca me meto.
 Usteds llegaron aquí ,
 y que eran me figuré
 jente honrá ; no me engañé ,
 y mi casa les abrí.
 Corriente ; y no le parezca ,
 ya que en el potro me ha puesto ,
 que ensarto aquí todo esto
 para que usted lo agradezca.
 No señor ; voy al decir
 de que usted , si no me engaño ,
 dijo que también ogaño
 mendiga para vivir.

MAURICIO.

Y ahora sí que reniego
de lo que valgo... pues que!
¿cuanto hay aquí no es de usted?
pues ¿qué le falta, D. Diego?
DIEGO. Nada, Mauricio: no hay cosa
que al mirarme en tal estado,
no me haya usted prodigado
con su mano jenerosa.
MAURICIO. Vaya, hombre!

DIEGO. No; es la verdad,
verdad que aquí grabaré,
porque nunca olvidaré
su amable hospitalidad.
Mas, con todo, hay sinsabores
que me tienen aburrido...
desterrado, perseguido,
sin riquezas, sin honores...
MAURICIO. ¡Voto al chápuro... D. Diego,

que usted con toda esa crezca
no sabe lo que se pesca...
¡pues! si eso lo viera un ciego.
Tiene usted mas que decir...
cuanto tuve se ha deshecho;
pues señor, á lo hecho pecho,
yo valgo mas y á vivir.
A mí se me han muerto ogaño
dos yuntas y cien ovejas:
me han hurtado cuatro rejas,
y la piedra me ha hecho daño.
Luego por cuatro terrones
de tierra de pan llevar
me ha hecho el alcalde aflojar
cinco ú seis contribuciones.
Y aunque fue malo el invierno
y repeor el verano...
no importa dinero en mano,
y reclamar al infierno.
Y ¿me he de enrabiar?... ¿Yo? ¡quía!
lo que dice el tío Facundo:
paz, que los bienes del mundo
Dios los quita y Dios los dá.
(Famoso predicador.)

DIEGO.

MAURICIO. Por eso nunca me afano...
y estoy ya ve usted, tan sano,
tan recio y de buen humor.

(Señalando al armario.)

Allí tengo... es un decir...

lo que gané buenamente,
y si usted en ello consiente
nos lo poemos repartir.

DIEGO.

Pero... qué...?

MAURICIO.

Aspacio, señor:

hoy mismo llega mi chico,
y aunque venga hecho un borrico
al fin viene hecho un doctor.

El muchacho es un borrego;

ha visto á la señorita...
y ello es que se desepita
por su hija de usted, don Diego.

DIEGO.

(¡Cielos!)

MAURICIO.

Con que si al rapaz

por yerno lo admite usted,
mi bendicion le daré,
mi hacienda luego, y en paz.

DIEGO.

(Pues me gusta la tal boda;
creerá que me hace un favor...)

MAURICIO.

Con que ¿qué ice usted, señor?
¿acomoda, ó no acomoda?

DIEGO.

Por mi parte... ya ve usted...
es un enlace muy bello...
si Clara consiente en ello,
yo tambien consentiré.

Mas si su felicidad
tal vez con él no consigue,
no espere usted que la hostigue...
respeto su voluntad...

MAURICIO.

¡Hombre... Dios no lo permita!
buenamente es lo que quiero;
pero á la fuerza...? primero...

ESCENA VI.

DON DIEGO. (MAURICIO. PETRONILA, despues CLARA.

PETRONILA. Señorita, señorita.

CLARA. Quién me llama?

PETRONILA. Así se está?

Vaya, vamos: que es razon...!

DIEGO. Dónde?

PETRONILA. A esperar á Zenon.

DIEGO. Perdone usted...

PETRONILA. Qué?

DIEGO. No va.

PETRONILA. Vaya, ejela usted, don Diego.

DIEGO. Tengo que hablarla...

MAURICIO. Ice bien,

vete, Petra, y yo tambien.

(Con que Señor, d' aqui á luego.

PETRONILA. Pero si no...

MAURICIO. No hay mas pero

que sorrio d' aqui: cierra el pico

y vete á aguardar al chico,

que yo aqui en casa us espero.

(Vánse Mauricio por la izquierda, Petronila por el fondo.)

ESCENA VII.

CLARA. D. DIEGO.

DIEGO. (Que sufra yo que un palurdo...
reniego de mi destino!)CLARA. (No me atrevo á alzar los ojos...
no hay duda, ya le habrá dicho...)DIEGO. Querida, no ignorarás
que para mí es un martirio
verme obligado á vivir
entre rudos campesinos.

CLARA. Señor, lo sé... (¡Dios me valga!)

DIEGO. Será muy bello este sitio
y ofrecerá mil encantos
al que otra cosa no ha visto;

mas, ten presente, hija mia,
que para el pobre proscripto
no hay lugares mas hermosos
que aquellos en que ha nacido.

CLARA. Es verdad... (¡Esto va malo!)

DIEGO. Estos labriegos son sencillos,
tienen sano el corazon,
son francos, muy compasivos...
y es un modelo de todos
nuestro honrado y buen Mauricio.
(Aun hay esperanza...)

CLARA.

DIEGO.

CLARA.

DIEGO.

(¡Ah!) Pero...

Sus costumbres, sus dichos,
su grosera educacion,
y la humildad de sus títulos,
se avienen mal con aquellos
que nunca siervos han sido,
y han gozado de la pompa,
del esplendoroso brillo
que siempre ofrece la corte]
á los nombres distinguidos.

CLARA.

DIEGO.

(¡Ay de mí!)

Por eso, Clara,
mirando á lo sucesivo,
y para evitar que un dia
algun villano atrevido,
al mirarnos colocados
donde nuestra suerte quiso,
ose elevarse á la alteza
de tu nombre esclarecido,
he dispuesto de tu mano
en favor de mi sobrino...

CLARA.

DIEGO.

CLARA.

DIEGO.

(¡Cielos!)

El conde del Valle.

¿El conde, señor...?

El mismo.

El será mi salvador,
y con su influjo confio
que en breve nos sacará
de la aridez de estos riscos
para otra vez devolvernos

nuestro rango primitivo.
 Si tal consigue, hija mia,
 no encuentre premio mas digno
 que ofrecerle, que una esposa
 llena de encantos y hechizos.
 El te adora, su pasion
 con grande entusiasmo miro,
 y por si acaso lo ignoras...
 Clara, te doy este aviso.
(Vase por la derecha)

ESCENA VIII.

CLARA.

¿Qué es esto, santos del cielo?
 ¿es realidad lo que he oido,
 ó acaso un sueño tenaz
 fatiga mi pobre espíritu?
 ¡Oh...! no, mi desdicha es cierta,
 mi corazon lo predijo:
 conozco bien de mi padre
 el caracter duro, altivo...
 mas, renunciar para siempre
 al leal, puro cariño,
 del que hoy lleno de esperanzas
 vuelve á su suelo nativo...
 es mucha crueldad... y en cambio
 ser del conde...! ¡qué suplicio!

ESCENA IX.

CLARA. MAURICIO.

MAURICIO.

(Ya está sola... si don Diego
 vale un Perú por lo listo;
 ¡que pronto arregla las cosas...!
 pues señor, va bien, manífico!
 cuando venga mi Zenon
 y lo sepa... de ca brínco...)
 ¿Qué es eso?

CLARA.

Ah...!

MAURICIO. ¿Está usted llorando?

CLARA. No es nada, señor Mauricio...

MAURICIO. Vaya, ¿y esos lagrimones que ruedan por los carrillos!

CLARA. Yo no sé... tal vez será que el viento...

MAURICIO. (Malo, malísimo...!)

Si no corre un pelo de aire.

(¿A que desprecia á mi chico?)

Vamos claros, señorita, don Diego le habrá á usted dicho...

CLARA. Sí señor...

MAURICIO. Y á lo que veo, eso le da á usted motivo para llorar y aslijirse...!

CLARA. Sí señor.

MAURICIO. ¡Voto va crispo! con que usted quiere matar á mi Zenon por lo visto.

CLARA. Ah...! no señor, si no es eso!

MAURICIO. Pues diga usted entonces...

CLARA. Digo que soy la mas desdichada del mundo.

MAURICIO. ¡Cómo! ¿Salimos con eso ahora?... ¿por vida... que estoy hecho un basilisco! ¿Quién aqui le da pesares? quiero saberlo...

CLARA. ¡No!

MAURICIO. ¡Vivo! porque si llego á perder señorita, los estribos, he de hacer un escarmiento que suene en el paraíso.

CLARA. Por Dios, baje usted la voz; tal vez mi padre ya ha oído...

MAURICIO. ¡Toma! ¿y qué? pues si el supiera... si está en el ajo conmigo; si por él no hay inconveniente en que la boda...

(Latigazos y ruido de un carruaje que se aproxima.)

CLARA. Ese ruido...
 ¿es una silla de posta...?
 MAURICIO. Que ha de ser... por este sitio...
(Se dirige á la puerta del fondo.)
 Pues es verdá; un carricoche
 se ha parado en el camino,
 y aquí viene el mayoral...

ESCENA X.

CLARA. MAURICIO. UN CRIADO, *despues el CONDE.*

MAURICIO. ¿Qué se ofrece, buen amigo?
 CRIADO. ¿Don Diego Fajardo...?
 MAURICIO. Aquí.
 CRIADO. Señorito, señorito...!
 esta es la casa.
 MAURICIO. Y se apea
 un mancebo de lo lindo...
 CLARA. (Quién será... mi corazon...
 me anuncia... *(Aparece el conde en el fondo.)*
 Cielos...! mi primo...)
 CONDE. *(Al criado.)* No te alejes de la silla
 que nos vamos ahora mismo.
(A Mauricio.)
 ¡Hola! buen viejo...
 MAURICIO. ¡Hola! mozo.
 CONDE. ¿Adónde están... mas... qué miro!
 Clara! prima!... al fin nos vemos
 despues de... qué sé yo, un siglo...
 ¿Cómo estás? dime...
 CLARA. Tal cual...
 ¿y tú?
 CONDE. Yo...?
 MAURICIO. *(Calla! y son primos.)*
 CONDE. ¿Cómo he de estar, sino alegre
 de ver tu rostro bellissimo
 despues de ausencia tan larga?
 Ya mis votos se han cumplido...
 CLARA. Gracias, Ricardo; ya sé
 tus costosos sacrificios...
 CONDE. ¡Oh! no hablemos de eso ahora;

cuando el objeto es tan digno;
¿quién podrá permanecer
indiferente, pasivo...

Mas, observo que apagado
de tus ojos está el brillo
y hasta marchitas las rosas
de tu semblante divino.

¿Tú, Clara, tan abatida...?

CLARA. No... ¡qué pesadez!

MAURICIO. (¡Qué pico!)

CONDE. Oh! tienes razon, comprendo...

¿cuánto te habrás aburrido!

jóven, hermosa, sensible...

¿a quién no mata el fastidio

de soledad tan monótona?...
un dia y otro lo mismo

sin tener con quien hablar,

ni sentir... ¡pueblos malditos!

y luego aquí entre salvajes...

MAURICIO. (A que le rompo el bautismo.)

CONDE. Mas todo tiene su fin...

(*Baja la voz.*)

el destierro ha concluido:

muy en breve, Clara bella,

serás de la corte el ídolo,

y yo me envaneceré...

MAURICIO. (¡Hola! y se hablan al oído...)

CONDE. (¡Oh! ¡cómo se ruboriza!

es un corazon novicio...)

pero... ¿tu padre no está?

CLARA. Ahí dentro...

CONDE. Fuera un impio

si las nuevas retardara

que en posta aquí me han traído.

¡Oh..! ¡cual va á ser su sorpresa!...

voy á verlo... Tio, tio...!

ESCENA XI.

CLARA. MAURICIO.

MAURICIO. Vaya si el nene alborota.

CLARA.

MAURICIO.

(No hay que esperar... lo estoy viendo...)

Señorita... yo no entiendo
de esta jerga ni una jota.
Ha un rato que la dejé
con su señor padre hablando;
vuelvo, y la encuentro llorando
y no me dice el por qué.

El antes me dijo á mí
que era un enlace muy bello;
usted conviene con ello,
y llora... pues ¿qué hay aquí?

A poco viene ese guapo;
con usted pega la hebra,
y la abraza, y la requiebra...
y nos pone como un trapo...

Es verdá que si no fuera
porque oí que era su primo...
del trancazo que le arrimo
le ablando la calavera.

Pero, en fin, usted le oyó
con disgusto, con mal gesto,
y á mí me basta con esto...
por lo que hace al llanto, no.

Yo tengo acá mi interés...
y quiero que sin reparo,
señorita, hable usted claro
sin aguardar á despues.

CLARA.

No puedo... debo callar...
y sabrá hacerlo mi boca,
que... no es á mí á quien le toca
en esta ocasion hablar.

¡Ah!.. no; primero morir:

lleve el aire mi deseo,
que ya desde aquí preveo
cual va á ser mi porvenir.

Y no juzgue usted, Mauricio,
que podré nunca olvidar...

¡Oh!.. mucho me va á costar
tan inmenso sacrificio.

Que en estos sitios amenos,
por esta paz y alegría...
todo un reino trocaría

MAURICIO. Pues ahora lo entiendo menos.

Voces á lo lejos. ¡Viva!

CLARA. ¿Oye usted?

MAURICIO. Oigo, sí,

es mi Zenon que entra ya...

y los mozos... ¡Voto va!

(*Voces mas cerca.*) ¡Viva Zenon!

CLARA. ¡Ay de mí!

MAURICIO. (*Dirigiéndose á la puerta del fondo.*)

Pues; ahora yo quisiera

decirle... ya tiés muger;

pero esto de no saber

si quedamos dentro ú fuera...

ESCENA XII.

CLARA, MAURICIO, PETRONILA *que entra precipitadamente.*

PETRONILA. ¡Ea!.. señor, ya está aquí:

ahora acaba de entrar...

¡qué calor! en el lugar.—

MAURICIO. Con que ¿ya lo has visto?

PETRONILA. — Sí;

y viene como se fué,

tan guapo, ¡tan... qué sé yo!

¡qué mozo! (*A Clara.*) Apenas me vió

me preguntó por usté.

(*Rumor confuso de voces. Mauricio con los brazos tendidos se vá por la puerta del fondo.*)

MAURICIO. ¡Chiquío, chiquío... ven acá!

CLARA. (Y ¿qué haré yo en tal estado?..

parece que me han clavado

en este sitio...)

PETRONILA. ¡Aquí está!

(*Aparecen en el fondo Mauricio y Zenon enlazados los brazos y rodeados de gente del pueblo.*)

ESCENA XIII.

CLARA. ZENON. MAURICIO. PETRONILA. PUEBLO.

ZENON. Gracias, amigos...

Varios del pueblo. (Estrechándole la mano.) ¡Zenon!

ZENON. Nuestra amistad primitiva
conservaré mientras viva
grabada en el corazón.

(Al reparar en Clara se desprende de los brazos de Mauricio, y este queda á la puerta con Petronila recibiendo las enhorabuenas de los lugareños.)

Mas ¡cielos! ¿como no ví,
siendo de mi norte estrella,
que esa luz tan pura y bella
estaba alumbrando aquí?
Siempre juntos ¿no es verdad?
CLARA. Pluguiese á Dios...

ZENON. Clara mia...
dudando estoy todavia
de tanta felicidad.

CLARA. ¡Oh! que hoy tal vez con los dos
será la fortuna avara...

ZENON. ¡Cómo! ¿por qué?

DIEGO. *(Dentro.)* ¡Clara!.. ¡Clara!..

CLARA. ¿Oyes?

ZENON. Sí; mas...

CLARA. ¡Calla! Adios.—

ESCENA XIV.

ZENON. MAURICIO. PETRONILA. PUEBLO.

ZENON. Se va... y al llanto se entrega...

¿qué es lo que debo temer?..

MAURICIO. Petra, dales de beber
del mejor de la bodega.
¿Lo harás bien?

PETRONILA. ¡Vaya, si haré!

MAURICIO. Pues, aleluya, á bailar,
y no dejéis de trincar
mientras us tengais en pié.
Adios, Roque, Blas, Rodrigo...
idos con la Madalena...

VARIOS. Con Dios que sea en horagüena...

PETRONILA. Muchachos venius conmigo.—

ESCENA XV.

MAURICIO. ZENON.

ZENON. Padre ¿qué es lo que ha pasado?

Clara está triste...

MAURICIO. ¿Sí?

ZENON. Sí;

¿por qué se aleja de mí?

en llanto el rostro bañado?

Yo que este día esperé

como el mejor de mi vida...

la encuentro tan aflijida...

sepamos...

MAURICIO. Si yo no sé.—

ZENON. Pero ¿es posible?... (Callemos

MAURICIO. hasta saberlo de fijo.)

Hombre, yo nada colijo...

déjalo que ya sabremos...

ZENON. Y ¿cuándo lo he de saber?... (Oh!...

¿Oh!... algún misterio hay aquí

que... ¿es cierto padre? sí, sí...

MAURICIO. Dale, dale... ¿qué moler!

No te rompas la cabeza;

¿quién sabe lo que será?

¿no tienen ellos allá

sus motivos de tristeza?

¿Vaya! al instante malicias... (O!)

Ese joven que ha venido,

tal vez les habrá traído

algunas malas noticias.

ZENON. ¿Quién!

MAURICIO. Un primo, un señorón...

ahí dentro juntos están...

Pues! si á los diablos se dan

qué le hemos de hacer, Zenon?

ZENON. No sé qué presentimiento...

MAURICIO. Vaya, que no hay quien te aguante...

CLARA. } Pero ¿marchar al instante?

CONDE. } Dentro. { Oh! sí...

DIEGO. } Al momento, al momento.

MAURICIO. Ya salen...

ESCENA XVI.

CLARA. D. DIEGO. ZENON. *el* CONDE. MAURICIO.

CONDE. La brevedad
conviene. En mi silla.

DIEGO. Pues.

CONDE. Bien podemos ir los tres
con toda comodidad.

DIEGO. Mauricio venga un abrazo.

MAURICIO. Vaya pues... (si era sabido.)
con que ¡ya...

DIEGO. Al fin se ha cumplido
de mis desdichas el plazo.

El Rey me vuelve su gracia
y mis títulos tambien.

MAURICIO. ¡Aaa..! pues que sea para bien
sin que otra nueva desgracia...

DIEGO. ¡Oh! ya no temo ninguna;
he conseguido triunfar...
y yo haré en Madrid clavar
la rueda de la fortuna.

Ofrezco á usted desde aquí
cuanto tengo, y cuanto valgo...
y si allá servimos de algo...

MAURICIO. ¡Pues, qué! ¿se van ustés?

DIEGO. Sí.

ZENON. (¡Qué escucho!)

DIEGO. Preciso es:

Hoy á la corte me llaman
y mi presencia reclaman
asuntos de alto interés.

Yala posta nos espera.

MAURICIO. Pero, señor... ¿y de aquello...

DIEGO. (Tomando la mano de Clara y disponiéndose
á marchar.) Soy el conde de Santello
y esta mi unica heredera.

MAURICIO. ¡Hola!..

ZENON. (A Clara, bajo.) ¿Y qué haremos los dos?

CLARA. Ve á Madrid.

ZENON. Mas...

DIEGO. (Alejándose con Clara y el Conde.)

Adios.—

ZENON. *(Recibiendo el pañuelo de Clara que besa y oculta entre las manos.)*

¡Ah!

CONDE. *(A Diego.)* Lo de la boda ¿eh? ja... ja...

ESCENA XVII.

ZENON. MAURICIO.

MAURICIO. ¡Qué señores! ¡voto á brios!
se largan... pues ya se vé;
si un marques es mucho cuento;
y un palurdo es un jumento.
Que... *(Oyese partir el carruaje.)*

ZENON. Pronto te seguiré.

MAURICIO. ¡Buen viaje! Zenon, ¿qué dices?
Así se paga el favor...
nos ha dejado el señor
con un palmo de narices.
Pues hace poco, decia
el tal Marques de Santello
que era un enlace muy bello...

ZENON. ¡Pues qué! ¿D. Diego sabia...

MAURICIO. Como dos y una son tres.
¡Toma! esta mañana, aquí,
se la pedí para tí...

ZENON. Con que ¿nos desprecia?..

MAURICIO. Eso es.

ZENON. ¿No somos bastante buenos
para aspirar á la alteza
de su esquisita nobleza?..

MAURICIO. Zenon, nos tienen en menos.

ZENON. Toda mi sangre daría
por humillar una vez,
el orgullo, la altivez
de su pomposa hidalguía.

MAURICIO. ¡Bien!.. eso... chico, así, así...
mucho me gusta ese fuego...
¡qué diablo! tú no eres lego

(Señalando á la frente.)
y tienes mucho de aquí.

Hombre eres, no te esazones
tienes amor y ambicion...
y tú no debes Zenon
de vivir entre terrones;
con que lárgate á Madrid
y á ver si conquistas gloria...

(Saca del armario un rollo de pergamino.)

ZENON. ¡Padre!..

MAURICIO. Esta es tu ejecutoria,
tan buena cual la del Cid.

ZENON. ¡Ah!..

MAURICIO. En lo que vale repara;
y si algun alma de roble
te dice que no eres noble...
arrójasela á la cara.

Y gasta en llegando allí
coche, caballos y galas...
tiende sin miedo las alas
que tu padre queda aquí.

ZENON. Pero ¿ahora ha de volver
á separarnos un sueño?..

MAURICIO. Te han dicho que eres pequeño
y grande te quiero ver.

Aquí no haces falta alguna,
y... anda que tal puede dar,
que logres tambien clavar
la rueda de la fortuna.

Clara suspira por ti;
de su gente has visto el porte,
conque hazles ver en la corte
lo que no vieron aquí.

ZENON. ¡Ah! ¡padre del corazon!
en Dios y en usted confio.

(Abrazados hasta el fin del acto.)

MAURICIO. Vete con él, hijo mio,
llévate mi bencicion
Que no nos vuelvan jamas
á hacer doblar la cerviz...

(Aparte y volviendo el rostro para ocultar su emocion.)

Si logro verlo feliz
no me importa lo demas.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

..... : así que, las relaciones entre España y Francia se hicieron severas, hasta que el monarca francés, conociendo que debía captarse la benevolencia de su antiguo aliado, mudó el embajador que tenía en Madrid; pero á pesar de esto no adelantó nada. Por otra parte la Inglaterra deseaba al mismo tiempo tener de su parte al gabinete español, y de esta suerte se movía una especie de lucha diplomática entre los agentes franceses é ingleses para ver cuál de las dos naciones conseguiría preponderancia en Madrid. Por entonces subió también al ministerio el marques de la Ensenada.

(Historia general de España.)

Acto segundo.

PERSONAS.

ACTORES.

LA MARQUESA DE T....., ca-

marera mayor. Doña Matilde Díez.

CLARA.

D. ZENON DE SOMODEVILLA.

EL CONDE DEL VALLE.

D. DIEGO FAJARDO.

EL DUQUE....., embajador de

Francia. D. Pedro Sobrado.

MISTER KEEN, embajador de

Inglaterra. D. Lázaro Perez.

Un portero de estrados.

Salon en casa de la marquesa, suntuosamente alhajado. En el fondo dos puertas, de las cuales una está cerrada: á la izquierda una mampara que da entrada al camarín de la marquesa.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE. EL PORTERO.

PORTERO. (*Entreabriendo la mampara.*)

Su escelencia os ruega, que
la espereis solo un momento,
y os digneis tomar asiento.

DUQUE.

Con grande placer lo haré.

Suplicadle en nombre mio,
que no es bien que se moleste...

aunque el disgusto me cueste
de no verla...

PORTERO.

Bien. (*Vase cerrando la mampara.*)

ESCENA II.

EL DUQUE.

Confío

en ella á fé de frances,
si consigo mi intento,
ya no temo al parlamento
ni al embajador inglés.
El astuto Mister Kin (1)
con el ministro hace liga,
y allá á su manera intriga...
mas ¿qué ha de alcanzar al fin?
todo se va en pareceres,
y en notas, y en informar...
¿qué diablos! para intrigar
son mejores las mugeres.
Esta tiene buen humor,
es vivaracha, traviesa...
y sobre todo es marquesa
y camarera mayor,
y de encumbrado abolengo,
muy querida de los reyes,
y son sus caprichos leyes...
pues señor, á ella me atengo.
Con tacto fino, y constancia,
lisonjas... lograré, sí;
que las mugeres aquí
serán lo mismo que en Francia.
¡Oh!... mi astucia vencerá
la habilidad del inglés...
y ya veremos después...
pero al asalto, aquí está.

(*Abre el portero la mampara, y al pasar por delante la*

(1) Se escribe como debe pronunciarse.

Marquesa, le hace una reverencia y se retira por la puerta del fondo.)

ESCENA III.

LA MARQUESA. EL DUQUE.

MARQUESA. ¡ Ah, señor embajador!
mi tardanza perdonad,
pues no esperaba en verdad
visita de tanto honor.

DUQUE. Señora marquesa, á fé,
que el que á esta casa ha venido
para ser favorecido,
soy yo.

MARQUESA. No alcanzo el por qué;
mas vos sois con demasia
modesto á par que brillante,
y como frances, galante.

DUQUE. ¿ Quién con vos no lo seria?

MARQUESA. ¿ Cómo os va, no me decís,
en nuestra España?

DUQUE. Señora,

la España es encantadora;
un delicioso pais.

¿ Cómo he de estar sino bien
donde alterna la cultura
con la gracia, la hermosura,
y con el valor tambien.

Estando en Lóndres oí,
mil veces en cada día,
que aquí nada mas habia
que hordas de árabes...

MARQUESA. ¿ Sí?

DUQUE. Sí.

Ya veis, ya veis los ingleses;
los hijos de la Bretaña
cómo tratan á la España.

MARQUESA. (Lo mismo que los franceses.)

DUQUE. Mas llegué, y me convencí
de que solo la malicia
puede con tanta injusticia

- hablar de la España así.
- MARQUESA. Elojio... poco sincero,
pero, Duque, á no dudarlo,
me place mucho escucharlo
de boca de un extranjero.
Porque tan avaros son
de elojios y buenos modos,
que hay que aprovecharlos todos
en esta pobre nación.
- DUQUE. La Francia, señora mia,
aunque antes rencillas hubo,
con España siempre tuvo
estremada simpatía.
Os lo juro por quien soy;
la respeta como á igual,
y su cariño ya es tal
que cuando en mi corte estoy
de la vuestra hablar escucho
con esa noble jactancia...
- MARQUESA. ¡Ah!.. sí, ya sé que á la Francia
la España interesa mucho.—
- DUQUE. Son de familia intereses
que nos conviene ligar,
pues lo quieren estorbar
esos piratas ingleses.
La alianza nos disputa,
Mister Kin activo, osado,
y ya todo lo ha minado
con su política astuta
- MARQUESA. Vaya que odiais por demas,
Duque, á la nación inglesa.
- DUQUE. No me deis nada, Marquesa,
con mercaderes jamás.
- MARQUESA. Ved que son muy poderosos.
- DUQUE. Aun es mayor su arrogancia:
despues de España ó de Francia
son los primeros colosos.
Mas si se les deja obrar,
ya vereis á los isleños,
poco á poco hacerse dueños
absolutos de la mar.
En corso sus galeones

armados, apresan, huyen...
 y lentamente destruyen
 la escuadra de los Borbones.
 Surjen como el pensamiento
 sus maquiavélicas artes,
 y ejercen por todas partes
 un comercio fraudulento.
 No cumplen pactos jamás,
 y reclaman por do quiera
 privilegios de bandera
 sobre todas las demas.
 Volved, si os place la vista,
 Marquesa, á climas lejanos,
 y allí los vereis ufanos
 gozando de su conquista.
 Los dejamos, claro está;
 ¿qué extraño es que nos superen,
 y que arrebatén si quieren
 la India y el Canadá?

MARQUESA. Son arriesgadas empresas
 y ¿lograrán... eh?...

DUQUE. Seguro!

MARQUESA. Pues estan en grande apuro
 las posesiones francesas.

DUQUE. Tambien las de España.

MARQUESA. ¡Va!

DUQUE. ¡Oh!.. no lo dudeis, sí, sí.

MARQUESA. Nada tiene España allí.

DUQUE. Pero tiene mas acá.

Y reparad que al presente
 anhela la Gran Bretaña
 las posesiones de España
 en el nuevo continente.
 Por de pronto destruirá
 su comercio, en cuanto cabe,
 y despues, despues... ¿quién sabe
 si á conquistarlas irá?

MARQUESA. Fse riesgo no lo alcanza
 mi entendimiernto; ¡gran Dios!
 si ellos lo mismo que vos
 reclaman nuestra alianza.

DUQUE. Pues, justamente, eso es,

nos tratan de desunir
para triunfar y lucir
sin obstáculo despues.

Mas si la Francia y España
se unieran, por vida mia,
que mas despacio se iria
entonces la Gran Bretaña.

Cruzadas nuestras banderas,
al ver nuestro pabellon
la nebulosa Albion
temblaria en sus riberas.

Y nuestra marina y tropa
terror al mundo darian,
y gran peso añadirían
en la balanza de Europa.

No sé cómo, á la verdad,
vuestro profundo monarca
que tanto á la vez abarca,
no admite nuestra amistad.

Marquesa, si como el sol
está claro...

MARQUESA.

¡Oh!... por supuesto;

pero el Rey Fernando el sexto,
amigo, es muy español.

DUQUE.

Si alguna bella española
su real ánimo inclinára...

tal vez con esto bastára...

MARQUESA.

Y ¿quién sospechais...

DUQUE.

Vos sola.

MARQUESA.

¡Yo tan supremos poderes!

Duque, estais equivocado:

si en el consejo de Estado

no admiten á las mugeres.

Es cierto que me oye el Rey

con estremada bondad;

mas, con él, mi voluntad

no tiene fuerza de ley...

Mi buen humor le entretiene

y hasta consultar le place

mi opinion, y... siempre hace...

lo que mas cuenta le tiene.

DUQUE.

No obstante, vuestra valía...

(El portero anuncia desde la puerta á)

Mister Kin.

DUQUE. ¿Visita...

MARQUESA. ¡Oh!—Sí;

suele venir por aquí
á comer tal ó cual día.

DUQUE. Desconfiad, sed severa
con él...

MARQUESA. Y ¿con qué pretesto?

DUQUE. (¡Maldito ingles!.. basta en esto
me gana la delantera.)

MARQUESA. ¿Severa? ¡libreme Dios!
en mí fuera cosa estraña...
pues si ama á la pobre España.
con tanto afan como vos.

DUQUE. Sí; para hacernos la guerra...

(Al presentarse Keen, se separa el Duque de la Marquesa, y aquel dice desde la puerta.)

ESCENA IV.

MARQUESA. KEEN. DUQUE.

KEEN. Me vuelvo... si es de importancia.

MARQUESA. ¡No!..

KEEN. Dios proteja á Francia.

DUQUE. Que Dios salve á la Inglaterra

KEEN. Dudé de hallaros acá,
mas de ello me convencí
cuando vuestro coche ví
á la puerta...

DUQUE. Claro está.

Y alguno ahora cual vos
al ver el vuestro y el mio,
decir podrá á su albedrio
que estamos aquí los dos.

MARQUESA. Ciertó; mas, por de contado,
dirá la gente que pasa
al verlos, que en esta casa
vive el ministro de Estado.

KEEN Y DUQUE. ¡Ja!.. ¡ja!.. ¡ja!..

MARQUESA. ¿Pues no?.. señores,

¿qué otra posada, decid,
se ha visto honrada en Madrid
con tantos embajadores?
Si la Europa en este día
aquí nos viera reunidos
y á la vez tan divertidos
¿qué os parece que diria?
No hay que dudar...

KEEN.

MARQUESA.

Sin tardanza

se armarian los Estados,
temiendo los resultados
de nuestra triple alianza.

KEEN.

Aun cuando fuera de dos,
le dariamos que hacer.

MARQUESA.

De ese mismo parecer
es el Duque...

DUQUE.

Sí, por Dios.

KEEN.

¡Hola!.. Duque, ¿tambien esa?

DUQUE.

(Pierdo el tiempo ya lo veo.)

Lo dije porque lo creo...

y... (*Saludando.*) Tengo el honor, Marquesa...

MARQUESA.

Os vais!...

DUQUE.

Sí.

MARQUESA.

¿Tan de improviso?

y ¿vais á dejar á España

á solas con la Bretaña?

DUQUE.

(Aprovecharé el aviso.)

¿No os molesto...

MARQUESA.

¿De qué modo

os pudisteis figurar...

DUQUE.

Kin tal vez os irá á hablar...

KEEN.

Ya lo tengo dicho todo.

DUQUE.

De esa manera prometo...

KEEN.

Acepto vuestra promesa,
porque hablo con la Marquesa
pocas veces en secreto.

DUQUE.

Pues yo siempre con testigos...

KEEN.

Yo tambien; es singular...

MARQUESA.

(¡Oh! si pudiera enzarzar
á nuestros caros amigos!...)

Con que concluyó la guerra,
nuestra sangrienta demanda

- allá en Italia y Holanda...
- DUQUE. A pesar de la Inglaterra...
- KEEN. Cómo!... Duque, tal maldad en nosotros supondreis?
- DUQUE. Y vos, Kin, ¿me negareis que lo dicho es la verdad?
- MARQUESA. (Presumo que he conseguido...)
- DUQUE. ¿Quién sino vuestra nacion en la comun disension ha sacado mas partido? Apresamientos navales, venta de armas, y pertrechos... Mister Kin, estos son hechos efectivos y reales.
- KEEN. Pero eso no es alargar de modo alguno la guerra; el comercio de Inglaterra es libre por tierra y mar.
- DUQUE. Sí, sí; mas la Gran Bretaña cuando á Aquisgran acudió, por cierto... no se mostró muy galante con la España.
- KEEN. No estuve en la conferencia...
- DUQUE. Se pedia en los tratados ceder entre otros ducados los de Parma y de Plasencia, para el Infante de España don Felipe de Borbon.
- KEEN. Bien, y ¿esa negociacion acaso Duque os estraña?
- DUQUE. Francia obró con mas cautela, mas su intencion dejó ver...
- KEEN. ¿Y cual?
- DUQUE. ¿Cual? la de ejercer de esta nacion la tutela.
- MARQUESA. ¡Ja!... ¡ja!...
- DUQUE. Aspira á su amistad...
- KEEN. Y á su ejército y armada.
- DUQUE. ¡Kin!
- KEEN. ¡Duque!
- MARQUESA. ¡Señores!...
- DUQUE. Nada...

- KEEN. Teneis razon, es verdad...
 ¿Lo veis? sin pensar en ello,
 los dos ya... ¡cuanto me pesa!
 Y bien, mañana, Marquesa,
 ¿vais al baile de Santello?
- MARQUESA. Nada hasta ahora me han dicho...
 supongo que ireis los dos...
- KEEN. No faltaré!...
- DUQUE. Si vais vos...
- MARQUESA. Gracias... ¡ja! ¡ja!.. ¡qué capricho!
- KEEN. Pero aquí, señora mia,
 nos estamos muy despacio
 y vos ireis á palacio...
- MARQUESA. Es temprano todavía.
- KEEN. No obstante... Duque, ¿os venís?
- DUQUE. Sí, Mister Kin, no temais...
- KEEN. ¡Yo!...
- MARQUESA. Iguales los dos quedais
 si juntos los dos salis...
- (*Saludan. El Duque llega antes á la puerta que Mr. Keen,
 y este al ver que va á salir le detiene por el brazo.*)
- KEEN. Tened, que es mucha arrogancia
 delante de mí pasar.
- DUQUE. Este, Kin, es el lugar
 que ocupa siempre la Francia.
- KEEN. ¡Por san Jorge!...
- MARQUESA. (*Dirijiéndose á la otra puerta del fondo que
 abre de par en par.*)
 Bien, ¿la guerra
 vais á romper desde ahí?
 Vaya Francia por allí,
 y por aquí la Inglaterra.
 Y adviertan bien por su vida
 la Francia y la gran Bretaña,
 que en esta tierra de España
 hay para todo salida.
- (*Vanse los dos cada uno por distinta puerta.*)

ESCENA V.

LA MARQUESA.

La broma ha sido completa;

gracias que pude sufrir...
 pero... ¿á quién no hará reir
 su ridícula etiqueta?
 Los dos esconden fatales
 proyectos, y disimulan,
 y me obsequian, y me adulan
 y... dejo á los dos iguales.
 ¡Qué! capaz me juzgais... ¡Hola?
 de abusar de mi influencia
 para hollar la independendencia
 de la nacion española?
 Habreis dicho, sin dudar,
 adulemos su poder
 porque ella al cabo es muger
 y facil de alucinar...
 La errasteis, pobres rivales,
 si me juzgásteis así;
 que son las hembras aquí
 antes que todo... leales.

(*El portero anuncia á*)

El conde del Valle.

MARQUESA.

¡Va!...

me alegro de su llegada,
 que estoy por cierto cansada
 de la política ya...

ESCENA VI.

LA MARQUESA. EL CONDE.

CONDE.

¡Oh!... reina de mi albedrio.

MARQUESA.

Adios, conde: ¿qué decis?

¿á convidarme venís
 á nombre de vuestro tio?

CONDE.

No, Marquesa...

MARQUESA.

Bien está...

CONDE.

Para que le honreis, despues
 mi tio el noble Marqués
 personalmente vendrá.

Yo, señora, solo á veros
 antes que nadie he venido...

MARQUESA.

Pues hoy os habeis dormido;

- no sereis de los primeros.
- CONDE. Teneis razon, al entrar he visto salir á Kin...
Y bien, Marquesa; por fin os dignareis cooperar...
- MARQUESA. No habéis de eso, os lo suplico: en conspirar habéis dado... y en ir estais empeñado á Ceuta ó á Puerto-Rico.
- CONDE. ¡Cómo!... señora, ¿es posible que tal consintierais vos?
- MARQUESA. Sí, Ricardo; sí por Dios, porque sois incorregible. Y estoy empeñada en ello ya que me hicisteis errar cuando logré levantar el destierro de Santello.
- CONDE. Y ¿os pesa?
- MARQUESA. Sí.
- CONDE. ¿Teneis queja...
- MARQUESA. Tambien; pues por lo que veo obráis segun su deseo y á su capricho os maneja. Y mirad que estan fundadas las dudas que he concebido...
- CONDE. No...
- MARQUESA. Sí, desde que ha venido habéis vuelto á las andadas. ¿Pensais que á mí se me oculta lo que Santello pretende? Nada de eso: ya se entiende que solo su bien consulta. Anhela por horas ver de Inglaterra aquí la huella, y con el apoyo de ella, subir despues al poder.
- CONDE. Marquesa, ¿cómo, ó por donde os pudisteis figurar...
- MARQUESA. Sospecho...
- CONDE. No; es delirar...
- MARQUESA. Dejémoslo al tiempo, conde. Pero si llego, por Dios,

su oculto objeto á entrever,
al destierro ha de volver...

CONDE.

Estais hoy como jamás...

MARQUESA.

Marquesa, será preciso...

CONDE.

Esto, conde, es un aviso...

MARQUESA.

¡Va...

CONDE.

No hablemos de ello mas.

(¡Qué peregrino sermon!

Está enojada... y ¿por qué?)

MARQUESA.

¿Con que os casais?

CONDE.

(¡Ah! Ya sé...

está visto, zelos son.)

Mi tio quiere en herencia

legarme á Clara y sus títulos...

mas si firmo los capítulos

será con vuestra licencia.

MARQUESA.

¡Mi licencia! Id y firmad...

ya la teneis, ¿yo negarla?

CONDE.

No quisiera yo alcanzarla

con tanta facilidad.

MARQUESA.

Y ¿por qué? ¿Vaisme á exigir

que de otro modo me porte?

¿No veis que entonce en la corte

dariamos que decir?

CONDE.

¡Ah! sí, sí; teneis razon:

Marquesa, á todo me allano;

será de Clara mi mano

y vuestro mi corazon.

MARQUESA.

Amigo, oferta tan bella

bien la quisiera aceptar;

pero... podeis conservar

una y otro para ella.

CONDE.

¿Qué es esto? Quereis romper

por todo? No os ofendí...

MARQUESA.

Es que satisfago asi

mi vanidad de muger.

CONDE.

No es eso; quien tal responde

lleva su plan embozado...

decid que os habeis cansado

de los obsequios del conde.

Que otro mas feliz doncel

cautiva ese corazon,
y os valeis de esta ocasion
para deshaceros de él.

MARQUESA.

¿Todo eso pensais de mí?

CONDE.

Nada ignoro, no os asombre,
sé que dais entrada á un hombre
con grande misterio, aqui.

MARQUESA.

¿Misterio!

CONDE.

Ved si me quejo...

MARQUESA.

Con él no ha entrado jamás;
es un joven nada mas
á quien estimo y protejo.
Y ¿os da zelos? ¡Bien por Dios!
y... ahora me haceis caer
en que puede sostener
la comparacion con vos.
Y con ventaja, ardimiento
y nobleza, y gallardia...
todo esto tiene, á fé mia,
y sobre todo... talento.

CONDE.

Es decir que yo...

MARQUESA.

No tal,
solo esto es haceros ver
que acaso podeis tener
un formidable rival.

CONDE.

Si ya estais tan preocupada
y en su favor prevenida...
facil será mi caida...

¿Qué decís?

MARQUESA.

No digo nada.

CONDE.

¿Nada, Marquesa?

MARQUESA.

Asi es.

CONDE..

Con que... talento...?

MARQUESA.

Cabal.

CONDE.

¿Y de fortuna?

MARQUESA.

Tal cual.

CONDE.

¿Cuándo he de verlo?

MARQUESA.

Despues.

CONDE.

¿Vendrá pronto?

MARQUESA.

¿Qué sé yo!

CONDE.

¿Adónde concurre?

MARQUESA.

Aqui.

CONDE. Y ¿yo le conozco?
 MARQUESA. ¡Oh! sí.
 CONDE. Decidme su nombre...
 MARQUESA. ¡Oh! no.
 CONDE. ¿Por qué le ocultais?
 MARQUESA. ¿Por qué?
 CONDE. ¿Temeis que yo...
 MARQUESA. Nada temo.
 CONDE. ¿El os ama?
 MARQUESA. Y con extremo.
 CONDE. ¿Y tambien vos...
 MARQUESA. Yo no sé.
 CONDE. Que no lo sabeis...
 MARQUESA. Aun no.
 CONDE. Pues no lo entiendo.
 MARQUESA. Yo sí.
 CONDE. Pero ¿en quién consiste?
 MARQUESA. En mí.
 CONDE. Pero ¿quién me explica...
 MARQUESA. Yo.
 CONDE. ¿Enojada estais?
 MARQUESA. Ja! ja!
 CONDE. ¿Connigo tal vez?
 MARQUESA. Un poco...
 CONDE. ¿Serán zelos?
 MARQUESA. ¿Estais loco?
 CONDE. ¿Pues qué es ello?
 MARQUESA. Ello dirá.
 CONDE. Me aturdís, me enloqueceis...
 no teneis ¡viven los cielos!
 ni á él amor, ni de mí zelos...
 Pues entonces, ¿qué teneis?
 Explicádmelo, por Dios,
 cumpliendo vuestra promesa...
 pero entre tanto, Marquesa,
 firmemos la paz los dos.
 Que es muy triste, á la verdad,
 mirar un rostro tan bello
 así...
 (El Portero, anunciando á)
 El marqués de Santello.
 CONDE. ¡Mi tio! Disimulad...

porque no nos tiene cuenta
que el marqués llegue á saber ..
cuando esto nunca ha de ser
mas que una breve tormenta.

MARQUESA.

Descuidad, que no sabrá...

¿con quién viene? Oigo mormullo...

CONDE.

(Está picado su orgullo...
pero ella se amansará.)

ESCENA VII.

LA MARQUESA. CLARA. D. DIEGO. EL CONDE.

MARQUESA.

¿Santello!... ¿Clara tambien?

DIEGO.

Con instancia me ha pedido
veros, y la he complacido.

MARQUESA.

¡Oh!... y habeis hecho muy bien.
Venid, sentaos á mi lado...

(*Se sientan juntas.*)

DIEGO.

Viene á daros, segun creo,
gracias por el alto empleo
que en palacio le habeis dado.

MARQUESA.

¿Por tan poco? no, jamás;
me importa vuestra ventura:
por nobleza y hermosura
vos Clara merecis mas.

(*D. Diego se reune con el Conde que estará á cierta distancia de las señoras.*)

CLARA.

Pero es de aprecio tal muestra,
que guardaré siempre aquí;
no por lo que ello es en sí,
sino porque es cosa vuestra.

(*Siguen aparte.*)

DIEGO.

¿Has visto á Kin? (*Bajo al Conde.*)

CONDE.

A la entrada.

DIEGO.

Y ¿qué tal?

CONDE.

Hasta ahora, bien.

DIEGO.

¿Habló con ella?

CONDE.

Tambien.

DIEGO.

Y ¿qué ha conseguido?

CONDE.

Nada.

DIEGO.

Al toque de la oracion...

(Continúan hablando aparte.)

MARQUESA. A la Reina he complacido,
pues me ha dicho que he tenido
con vos muy buena eleccion.

Ya sois camarista, Clara;
por amiga me teneis;
y á mucho aspirar debeis
sino es nuestra suerte avara.

Entre tanto, pues ya es moda,
ese empleo, bueno ó malo,
aceptad como regalo
de vuestra próxima boda.

CLARA. ¡Ah!..

MARQUESA. ¿Suspirais?

CLARA. Sí, Marquesa...

¿para qué os lo he de negar?

MARQUESA. ¿Por qué?... me haceis sospechar...
hablad, porque me interesa
vuestra fortuna...

CLARA. ¡Por Dios!

si nos oyen desde allí...

MARQUESA. Estan distraidos sí,
y á gran distancia los dos.
Nada temais...

CLARA. ¡Ah, señora!

vos que todo lo podeis

y tanto me protejeis...

¡salvadme por Dios ahora!

MARQUESA. ¿De que riesgo estais cercada?

Tened confianza en mí...

¿tal vez ese enlace?...

CLARA. Sí,

va á hacerme muy desgraciada.

MARQUESA. Calmad vuestra agitacion...

¿acaso algun otro empeño...

CLARA. Lo acertásteis.

MARQUESA. ¿Otro dueño

tiene vuestro corazon?

CLARA. Tres años há...

MARQUESA. Y por fortuna

es digno de vos?

CLARA. Señora,

- yo solo sé que me adora...
- MARQUESA. Pero ¿es humilde su cuna?
- CLARA. Mi padre es de esa opinion;
mas no es tanta su bajeza;
pues si no heredó nobleza...
la tiene en el corazon.
- DIEGO. (*Bajo al conde.*) El ministro á no dudar
firmará el proyecto mio,
y entonces...
- CONDE. Silencio, tio;
no demos que sospechar...
- MARQUESA. Descuidad.
- CLARA. ¡Ah!
- MARQUESA. Que no suene...
¿Entendeis?...
Contad con ello...
- CLARA. Aqui se acerca Santello...
el disimulo conviene.
- MARQUESA. Marqués, sois poco galante.
- DIEGO. ¿Y por qué?
- MARQUESA. Porque parece
que solo el conde merece
vuestra atencion... adelante.
- DIEGO. ¡Oh! no; porque justa fuera
entonce esa observacion...
Para llevar mi atencion.
sereis siempre la primera.
Mas cuando juntas se ven
dos jóvenes, de una edad,
aprecian la libertad...
y por eso...
- MARQUESA. Bien, muy bien
sabeis desfacer entuertos.
¡Ah! Marqués! como ninguno
teneis el don oportuno
de enmendar los desaciertos.
- DIEGO. Antes que, juzgando asi
por desacierto lo deis...
os suplico que me honreis
mañana...
- MARQUESA. ¡Mañana!
- DIEGO. ¡Sí!

- A mi hija Clara, señora,
festejar tengo pensado,
y verla quisiera al lado
de su ilustre protectora.
- MARQUESA. Don Diego, no faltaré:
ya que es Clara, y con razon,
la reina de la funcion,
á honrarme con ella iré.
- DIEGO. Tal favor...
- MARQUESA. Tambien á allí,
pues que no os lo he presentado,
me acompañará mi ahijado...
- DIEGO. ¿Ahijado?...
- CONDE. Y ¿quién?...
- (Zenon aparece en una de las puertas del fondo.)
- MARQUESA. Hélo aquí.

ESCENA VIII.

- MARQUESA. CLARA. ZENON. DON DIEGO. CONDE.
- CLARA. (¡Cielos!)
- DIEGO. (¿Será esto verdad?)
- CONDE. (Y sin anunciarse entró...)
- MARQUESA. Nombrándoos estaba yo...
llegad, amigo, llegad.
Permitidme que os presente
á Zenon Somodevilla,
recien venido á esta villa,
mi protegido, y pariente.
- DIEGO Y CONDE. Pariente!
- CLARA. (Con alegría.) (¡Qué escucho!...)
- ZENON. Pues...
su pariente.
- DIEGO. ¿Quién creyera
que á tan elevada esfera...
- ZENON. Ahí vereis, señor Marqués.
- CONDE. Yo os he visto y no sé dónde...
- ZENON. En la Rioja...
- CONDE. ¡Ah!... sí por Dios...
¿quién me dijera que vos...
- ZENON. Pues ahí vereis, señor Conde.

- MARQUESA. Con que, sois por lo que veo,
antiguos conocidos...
- DIEGO. (*Con embarazo.*) Sí...
allá en su pueblo le ví...
y á su padre...
- ZENON. Bien lo creo.
Como que solo el Marqués
en su desgracia halló abiertas
de aquella casa las puertas
sin dolo y sin interés.
Allí durante tres años...
tres fueron, hora tras hora,
llorando estuvo, señora,
del mundo los desengaños.
Y allí en ese tiempo... va!
hasta honró mi pobre mesa...
figuraos, noble Marquesa,
si á mi me conocerá.
- DIEGO. Con efecto...
- CONDE. (*¡Qué risita!...*)
- MARQUESA. (*¡Qué sospecha!...*)
- ZENON. Ya lo veis...
- MARQUESA. ¿Y tambien conoceréis
á esta bella señorita?
- ZENON. ¡Oh!... sí...
- MARQUESA. (*A Clara.*) ¿Por qué os sonrojais?
Y vos, mi noble pariente,
¿cómo al verla, diligente
á saludarla no vais?
- ZENON. No lo estrañeis, pues temia
que con el tiempo pasado
tal vez se hubiese olvidado
la humilde persona mia.
(*Acercándose á Clara.*)
Pero tan bella ocasion
aprovecharé en verdad.
Señorita... perdonad...
MARQUESA. (Los vende esa turbacion.)
ZENON. (*Bajo.*) (Esta noche...)
MARQUESA. (*Hola! ¿secreto?...*)
CLARA. (*Bajo.*) ¿Que nos observan ahora!...
ZENON. (*Alto.*) Esta es la espresion, señora,

- de mi profundo respeto.
 (A don Diego.) Vámonos... Y ¿qué hora es?
- CONDE.
 MARQUESA.
 ZENON. La misma en que acostumbrais
 ir á palacio.
- MARQUESA. (A Clara, Diego y Conde que se disponen pa-
 ra marchar.)
 ¿Ya os vais?...
 DIEGO. (Saludando.) Sí señora...
 MARQUESA. Adios, Marques,
 Clara...
 DIEGO. Quedaos...
 MARQUESA. Hasta allí...
 CONDE. (A Zenon.) ¿Os quedais vos?
 ZENON. Claro está.
 CONDE. Pues ¿no veis que á salir va?
 ZENON. (Sentándose.) Pues señor, me quedo aquí.
 CONDE. Como gustéis... (Aparte y retirándose.)
 ¿Qué altanero
 y ufano porque le he dicho...
 (Al pasar por el lado de la Marquesa.)
 Será un lijero capricho...
 eh?...
- MARQUESA. ¿Quién sabe...? (Saludando.) Caballero...

ESCENA IX.

LA MARQUESA. ZENON.

- MARQUESA. Se fueron ya; ¡qué fortuna!
 esta gente no me deja...
 ¿Teneis de ella alguna queja?
 me parece que...
 ZENON. Ninguna...
 MARQUESA. Ninguna?... mirad que yo...
 ZENON. Sí, quejas que se olvidaron;
 mi amor propio rebajaron
 una vez... mas, ya pasó.
 MARQUESA. ¿Y eso os llegó á suceder
 porque á Clara... estando allí...
 ZENON. ¿Quién os ha dicho!..
 MARQUESA. (El es, sí...)

Son cosas que una muger
suele al punto adivinar...

Vamos, y en tal situacion,
decid, bajo confesion,
pensais ó no renunciar...

ZENON. Les quisiera devolver
el ultraje que me hicieron...
allí en poco me tuvieron...

MARQUESA. En mucho os han de tener.

ZENON. Que no me insulten jamás
con su soberbia, señora;
á esto solo aspiro ahora.

MARQUESA. ¿Y á nada mas?

ZENON. Nada mas.

MARQUESA. Yo el camino os abriré,
para que halleis cara á cara
al padre de doña Clara;
(mas de ella te apartaré.)

ZENON. ¡Ah!..

MARQUESA. Pero calmad mi afan:

Ya sabeis que en fiera guerra
hoy la Francia y la Inglaterra
por nuestra alianza estan. —

ZENON. Y ¿qué importa que lo estén?

MARQUESA. ¡Oh!.. sí; ¿por cuál estais vos?

ZENON. Por ninguna de las dos.

MARQUESA. Somodevilla, muy bien:

me agrada, viven los cielos,

lo que acabais de decir:

tan alto habeis de subir

que hasta al monarca deis celos.

¡Marquesa!.. dudando estoy...

Pues no tengais duda alguna,

que vuestro brillo y fortuna

van á empezar desde hoy. —

Y para que se disipe

vuestro asombro... os han nombrado...

¿Qué?

ZENON. Secretario privado
del Infante D. Felipe.

ZENON. Tan grande merced... ¡ay Dios!..

MARQUESA. A Italia con él ireis...

ZENON. ¿A Italia?..
 MARQUESA. Sí; ¿qué teneis?..
 ZENON. Que en España os quedais vos...
 MARQUESA. ¿Y os pesa el que quede aquí vuestra amiga y protectora?
 ZENON. ¿Podeis dudarlo, señora?
 MARQUESA. Pues no estareis mucho allí.
 ZENON. ¡Ah! ¿qué habeis dicho!
 MARQUESA. No sé...
 Adios, buscadme en palacio, que allí hablaremos despacio y al Rey os presentaré.
 ZENON. Mas... perdonad mi porfia...
 MARQUESA. Es tarde... ya hallareis modo...

(Retirándose.)

(Si á mí me lo debe todo la victoria será mia.)

ESCENA X.

ZENON.

¿De esperanza tales nuevas?...
 ¿es cierto que las oí?...
 honores... amor... ¡Oh!.. sí!
 ¡Fortuna!.. ¿adónde me llevas?
 Lánzate audaz sobre el viento,
 mi pensamiento te sigue...
 no temas no, que fatigue
 tu vuelo mi pensamiento.
 Tras de él iré temerario...
 Temed, Santello, desde hoy,
 que ya por de pronto soy
 de un príncipe secretario.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

PERSONAS.

LA MARQUESA.

CLARA.

D. ZENON.

D. DIEGO.

EL CONDE.

MR. KEEN.

EL DUQUE.

DOS UGIERES.

CABALLEROS 1.º, 2.º Y 3.º

CORTESANOS.

Salon en el palacio real de Madrid. Al frente una espaciosa galeria izquierda arriba, una puerta secreta, y mas al centro la de la cámara del rey: á la derecha la de la reina.

ESCENA PRIMERA.

D. DIEGO. MR. KEEN.

KEEN.

Qué solitaria está hoy
la ante-cámara real.

DIEGO.

Aun es temprano...

KEEN.

Las once.

DIEGO.

En breve se llenarán
salones y galerias
de caballeros.

KEEN.

Tal cual,
con eso, señor marqués,
tendremos con quien hablar.

DIEGO.

A hablar nos está brindando,
buen Kin, esta soledad.

KEEN.

No tanto como os parece;
aquí conviene callar.

DIEGO.

¿Por qué?

KEEN.

Porque en los palacios
las paredes oyen...

DIEGO.

¡Bah!

eso será en vuestra tierra;
pero en España, jamás.

KEEN.

¿Sin esposicion, podemos...

DIEGO.

Con toda seguridad;
conozco bien estos sitios
para que pueda dudar...

KEEN.

Y bien...

DIEGO.

Y bien, ¿qué tenemos?

KEEN.

Embrollos cada vez mas;
el horizonte político
cargado de sombra está,
y para arrollar las nubes
que se agolpan sin cesar,
necesitamos los dos
de mucha sagacidad.

Veremos... y ¿qué os ha dicho
el ministro Carvajal?

DIEGO.

Me acepta por compañero,
y hoy al rey me propondrá
para darme la cartera
de la hacienda universal.

KEEN.

Y ¿sabeis, señor don Diego,
si bien decidido está
á apoyar las pretensiones
de Inglaterra?

DIEGO.

A la verdad
que no os puedo en este asunto
cumplida respuesta dar.
El ministro todavia...

KEEN.

¿Qué?

DIEGO.

Permanece neutral;
pero desde luego, Kin,
bien os puedo asegurar,
que al gabinete francés
profesa un odio mortal.
Al inglés, por su familia
está inclinado algo mas,
y ya veis, si yo despues
subo al poder...

KEEN.

Claro está,
daremos fin á la empresa
con toda felicidad.

Ya sabeis hasta qué punto
conmigo podeis contar,
y ademas lo agradecida
que Inglaterra os quedará.

Mas ¿no temeis que la Francia
dé en tierra con nuestro plan?
Maldita Francia.

DIEGO.

KEEN.

¡Maldita!

no cesa de trabajar...

DIEGO.

Es fuerza que confesemos
que ese duque ó Satanás
es travieso como él solo,
muy entendido y sagaz.

KEEN.

No tanto, señor marqués,
como vos os figurais:

no es todo cosecha suya...

harto le ayudan de allá...

y para entenderle el juego

no hay mucha dificultad.

DIEGO.

No obstante, mirad que es vasto
lo que pretende abrazar.

Intrigando, sus agentes

ora en Nápoles están,

para enemistar á España

con aquel reino; ademas

al de Parma y de Plasencia

tambien quieren malquistar...

KEEN.

Y ¿qué importa? Esos manejos
hoy vuestro rey los sabrá,

y verá que la conducta

de Inglaterra es mas leal.

La enemistad del de Nápoles

tal vez la conseguirán,

mas, no temais que se altere,

marques, por eso la paz.

Por lo que hace al de Plasencia...

Somodevilla está allá,

y él sabrá como hasta aqui

los proyectos derribar

- de los agentes de Francia.
- DIEGO. Mister Kin, os engañais;
Somodevilla ha venido.
- KEEN. ¿Somodevilla aquí está?
y ¿desde cuándo, sabeis?
- DIEGO. Sí; me acaban de informar
que entró en Madrid con la posta
hará tres horas lo mas.
Con grande prisa ha llegado.
Y con sigilo.
- KEEN. Es verdad.
- DIEGO. ¿Cómo es que deja al infante?
¿le manda el rey á llamar?
- KEEN. Quién sabe... algunos servicios
ha prestado ese rapaz,
y tal vez querrá en la corte
premiarle su majestad.
- DIEGO. ¡Oh!... y con justicia: sabeis
que es un mozo muy cabal,
muy despejado y muy diestro...
- KEEN. No es lerdo; pero... le dan
mas realce del que tiene
su mérito, desde acá.
- DIEGO. Marqués, ¿os inspira celos?
- KEEN. ¿A mí? ¿podéislo pensar?
- DIEGO. Es pequeño, y por ahora
no temo rivalidad...
- KEEN. No obstante ese caballero
bien veis que en camino está
de alcanzar un porvenir
de gloria y prosperidad.
- DIEGO. Insolente es su fortuna.
- KEEN. Yo pienso que convendrá
tenerle de nuestra parte.
- DIEGO. Lo que conviene es cortar
con mucho tino las alas
de ese astuto gavilan.
- KEEN. ¿Qué daño nos puede hacer?
- DIEGO. Por ahora ni bien ni mal;
mas adelante pudiera
su influjo contrarestar...
De la marquesa es hechura,

- y es aun mas que ella neutral.
- KEEN. Don Diego, mejor seria
que fuéramos mas allá:
la marquesa es un obstáculo
que no he podido allanar,
y á todo trance ya es fuerza
que pensemos... eh?
- DIEGO. Cabal;
ese es mi sueño.
- KEEN. Una intriga
es muy facil de inventar...
ya sabeis que en estos casos
cualquiera intriga es legal.
- DIEGO. Y aquí de suma importancia.
- KEEN. Con el rey quisiera hablar...
pero aun no es hora; despues
yo os ofrezco que...
- (Aparece por la derecha del fondo el duque, y al verlos
se retira por la izquierda.)*
- DIEGO. ¡Callad!
- ¿Le habeis visto?
- KEEN. Y se recata
de nosotros...
- DIEGO. ¿Dónde irá?
- KEEN. Aquí venia, y sin duda
por no dar que sospechar...
voy á seguirle la pista...
- DIEGO. Yo á ver á Clara, que está
hoy de guardia en la real cámara.
- KEEN. Astucia.
- DIEGO. Sagacidad.
- (Vanse. Keen observa por la izquierda del fondo y se
oculta por la derecha.—Don Diego entra en la cáma-
ra de la reina, y sale la marquesa por la puerta se-
creta.)*

ESCENA II.

LA MARQUESA.

¡Pobre gente! ellos ignoran
que sin tregua ni descanso
en todo lo que maquinan

les voy siguiendo los pasos...
 Buena astucia es la que gastan
 esos tristes diplomáticos...
 ¿a quién no parecerán
 mas que astutos mentecatos?
 Muy bien, marques de Santello,
 sois en todo un cortesano,
 en lo fiel y agradecido,
 en lo español y en lo honrado.
 Y ese perro de extranjero
 que aquí de amigo embozado
 el volcan de las pasiones
 está sin cesar soplando!..
 Veremos quién en la lucha
 se tiende mejor el lazo...
 ¡Oh!.. todo lo he de intentar
 hasta que logre espantarlos.
 ¡Ujieres!

(Abrense las puertas de la derecha é izquierda y sale por cada una un Ujier.)

ESCENA IX.

LA MARQUESA. DOS UJIERES.

LOS DOS.

Señora...

MARQUESA.

Oid.

(Al de la derecha.)

No deis á ninguno paso
 hasta la hora de la audiencia.

UJIER.

Muy bien. *(Se retira cerrando la puerta.)*

MARQUESA.

(Al de la izquierda.) Lo mismo os encargo:
 á ninguno; ¿lo entendéis?
 solo queda esceptuado
 un caballero...

UJIER.

¿Su nombre?

MARQUESA.

Somodevilla, acordaos.

Vamos á ver al Monarca

y sepa lo que hace al caso.

(Vase por la izquierda seguida del Ujier, que cierra la puerta.)

ESCENA IV.

EL DUQUE. *despues* KEEN.

- DUQUE. (*Reconociendo la escena.*)
¡Hola!.. parece que ya
el puesto han desocupado.—
Algo Kin y el de Santello
estaban aquí tramando...
(*Aparece Keen observándole desde el fondo.*)
No importa los dos me evitan
y me hacen dueño del campo.
(*Dirigiéndose á la Cámara de la Reina.*)
Oh!.. si logro que la Reina
me escuche á solas un rato...
KEEN. (*Dirigiéndose á la Cámara del Rey.*)
(*¿El á la Reina?.. yo al Rey.—*)
(*Abriendo la mampara de la derecha.*)
DUQUE. Fortuna, dame tu amparo.
UJIER. (*De la derecha.*) Su Majestad no recibe
hasta las doce.
DUQUE. (*Volviendo á cerrar la mampara.*)
Bien...
KEEN. (*Mirándole y riéndose.*) ¡Bravo!
DUQUE. ¡Aquí, vos!
KEEN. (*Abriendo la de la izquierda.*)
Hasta las doce...
UJIER. (*De la izquierda.*) El Rey está despachando.
(*Cierra el Ujier quedándose en la escena.*)
DUQUE. (*Riéndose.*) ¡Magnífico!..
KEEN. (*Lo mismo.*) Haceis muy bien;
iguales hemos quedado.
DUQUE. Me parece, amigo Kin,
que esto marcha muy despacio.
KEEN. Con efecto, amigo Duque,
no es esto lo que pensábamos.
DUQUE. ¿Habeis visto que desaire?..
KEEN. ¿Desaire, decís?.. no alcanzó...
DUQUE. Nos han negado la entrada.
KEEN. No nos hemos presentado
en la cámara Real
con carácter de enviados;

- sino cual particulares...
y nada tiene de estraño...
DUQUE. A todo encontreis disculpa.
KEEN. Y ¿qué quereis?... menos malo:
yo tengo mucha paciencia...
DUQUE. Bien de ella necesitamos.
KEEN. ¿Sí? pues qué... vuestros negocios
están en tal mal estado?
DUQUE. Sobre poco mas ó menos
como los vuestros.
KEEN. ¡Qué diablos!
pues entonces no os quejeis...
DUQUE. ¿Que no me queje?...
KEEN. Está claro.
DUQUE. Acaso ¿habeis conseguido...
KEEN. No mucho; mas... siempre es algo.
DUQUE. (Con interés.) ¡Algo!.. y bien, ¿no me direis?
KEEN. Señor Duque, sois muy cándido.
DUQUE. Teneis razon, Mister Kin:
me olvidaba preguntándoos,
de que vos en este punto
sois el hombre menos franco
que he conocido.
KEEN. ¡Oh!.. pues vos
tambien sabeis manejaros.
Con ese aspecto inocente
y ese ademan estudiado,
os vais derecho al asunto
con firme y seguro paso.
DUQUE. Me concedeis un instinto
que, sin modestia, os rechazo.
Supongo que hasta ahora vos
si habeis conseguido algo,
como ha poco me dijisteis,
habrán sido desengaños...
KEEN. Hay de todo, señor duque,
aunque es fuerza confesarlo;
esta jente no se deja
engañar...
DUQUE. Ved ahí lo malo
de vuestra causa.
KEEN. No veo...

DUQUE. Su bandera es el engaño...

KEEN. ¡Ja!.. ¡ja!.. que sois divertido
y como nunca hoy os hallo...
Pues ¿cual es la de la vuestra?
¡Imparcialidad!.. veamos...

DUQUE. La del cariño... queremos
volver á anudar los lazos...

KEEN. ¡Oh!.. sí, sí; los lazos que unen
al señor con el esclavo.

DUQUE. Os equivocais.

(*Aparecen en el fondo varios caballeros y entre ellos el Conde.*)

KEEN. ¡Silencio!
ved aquí á los cortesanos
que vienen como nosotros.
á adular al Rey Fernando.

DUQUE. ¡Hola!.. y al Conde del Valle
entre ellos á ver alcanzo...
vuestro instrumento político...

KEEN. ¡Ps!.. no es mas que un pobre diablo.—

ESCENA V.

KEEN. EL DUQUE. EL CONDE. CABALLEROS.

CONDE. (*A los caballeros.*)
Mirad que unidos están...
¡qué!.. si son los diplomáticos
gente muy rara...
(*Acercándose á los embajadores.*)
Señores...

KEEN. Adios, Conde.

DUQUE. Bien llegado.

CONDE. Mucho me place, á fé mia,
en este sitio encontraros,
mano á mano divertidos
como buenos aliados.

KEEN. Una tregua momentánea
entre los dos se ha pactado...

CONDE. Perfectamente, señores;
bueno es empezar por algo...

DUQUE. ¿No sabeis que á Mister Kin

hoy la entrada le han negado
en la cámara del Rey?

CONDE.

¡Qué decís!

KEEN.

Es muy exacto:
y al Duque en la de la Reina.

CONDE.

¡También á vos!... mas... ya caigo:
no habreis venido en el nombre
de vuestros Reyes... y acaso...

KEEN.

Eso mismo ha sucedido.

CONDE.

Pues no debeis estrañarlos;
por la etiqueta... y se observa
con tal rigor en palacio
que acaso no tendrá igual
en los de Europa... otro tanto
á los demas nos sucede...
ninguno habrá tan osado
que mientras estén cerradas
las puertas de ese santuario
se atreva á comparecer
delante del Soberano.
¡Qué quereis? en esta tierra
el uso ya ha sancionado...

(*Siguen aparte.*)

CAB. 1.^o

¡No es aquel Somodevilla?

CAB. 2.^o

El mismo, sí.

CAB. 3.^o

¡Qué bizarro!

CAB. 1.^o

Y crece como la espuma...

CAB. 2.^o

Es lo mas afortunado...

CAB. 3.^o

Es que vale mas que muchos...

CAB. 1.^o

Aquí viene...

CAB. 2.^o

Sí...

CAB. 3.^o

Abrid paso...

(*Los caballeros se retiran á la derecha. — Aparece Zenon en el fondo y se dirige saludando á los que están en la escena, hácia el Ujier.*)

CONDE.

¡Qué miro!

ZENON.

(*Bajo al Ujier.*) Somodevilla.

(*El Ujier abre la puerta se inclina profundamente al pasar Zenon y le sigue cerrando aquella.*)

DUQUE.

(*Al Conde.*) Pues ahí teneis, ese ha entrado.

(*Rumor de los caballeros; estos se retiran lentamente por el fondo en distintas direcciones.*)

- CONDE. ¡Qué!... si es lo mas inaudito,
es el ejemplar mas raro
que ha sucedido en la corte
en lo presente y pasado.
- KEEN. Cuando os digo que ese mozo
á todos nos va á dar chasco...
- CONDE. Imposible... eso será...
¡qué sé yo!... no sé esplicarlo.
Alejémonos de aquí,
si os parece; aun es temprano,
y desde esa galería...
- KEEN. Conde, no está mal pensado,
porque aqui un triste papel
estamos representando.
- CONDE. (*Al Duque.*) Entre los demas podemos...
- DUQUE. Como gustéis...
- CONDE. ¿Vamos?
- DUQUE. Vamos.

ESCENA VI.

D. DIEGO. CLARA.

- DIEGO. Adios, Clara.
- CLARA. Adios, señor.
- DIEGO. Ya lo sabes; á observar,
y no dejes escapar
el dicho ó gesto menor.
Esto importa á mi interés;
¿lo entiendes?... estoy citado
con el ministro de Estado,
y aqui volveré despues.
Entre tanto observarás
lo que la Reina resuelva,
y cuando yo á verte vuelva
de todo me informarás.
- CLARA. Señor, tan nuevo este lance
es para mí... que no sé...
- DIEGO. ¿Qué?

- CLARA. Descuidad, que yo haré
cuanto pueda y se me alcance.
Mas, temo que mi ignorancia...

DIEGO.

No temas, ya hallarás modo...
 observa bien... sobre todo
 al embajador de Francia.
 tal vez, no lejos está,
 y á la hora de la audiencia
 para agotar su elocuencia
 en la cámara entrará.
 La Marquesa...

CLARA.

¿Crecis vos?

DIEGO.

No te importa lo que creo:
 ya sabes lo que deseo...
 y lo que has de hacer; adios.

ESCENA VII.

CLARA.

Temblando estoy!... ¿cuándo, cuándo,
 tu ambicion se extinguirá?
 ¡Oh! ¿nunca se apagará
 tu sed de honores, de mando?...
 ¿Tambien á tu Clara obligas
 á entrar en tus planes... ¡Oh!...
 Y... ¿qué es lo que entiendo yo
 de palaciegas intrigas?
 ¿Yo á la Marquesa espiar?...
 ¿espiar!... yo, que... ¡ay de mí!
 solo para amar nací
 para sufrir y llorar!...

(Dirijiéndose lentamente á la cámara de la Reina.)

Si la suerte se declara
 en contra suya y despues...

ESCENA VIII.

ZENON. CLARA.

ZENON.

(Entreabriendo la mampara de la izquierda.)

¡Un título de Marqués!...

¡Gentil hombre!... (Reparando en Clara.)

Clara!... Clara!

CLARA.

¿Quién?... ¡Dios mio!... ¡vos aquí!

ZENON.

Clara mia... sí, por Dios.

Me recibes con un vos...

¿por qué me tratas así?

¿Qué fué de aquella bondad

con que un tiempo tu hermosura...

CLARA. ¿Sois ya el mismo por ventura?

ZENON. Sí á fé mia...

CLARA. No en verdad.

ZENON. Esa duda que alimentas
desgarra mi corazon.

CLARA. No, no!...

ZENON. Pero ¿qué razon
en su apoyo me presentas?

CLARA. ¿Razones, razones pides
cuando sabes tu falsia?...

¿y eres tú el que me decia...

—Clara mia, no me olvides.—

Te alejaste de mi lado:

tras de una ilusion perdido,

ciego por el mundo has ido,

por todo has atropellado.

Y tu talento aplaudieron,

dijeron que era profundo...

y los aplausos del mundo

por fin te desvanecieron.

Quisiste honores y gloria...

y la gloria y los honores

mataron nuestros amores

y ocuparon tu memoria.

Y si en tu loca ambicion,

si en ese delirio ciego

de amor el ardiente fuego

guardaste en el corazon,

no fué el que vimos nacer

felices los dos un dia...

Fué el amor que te ofrecia

una opulenta muger.

Esto ha pasado...

ZENON. No, no!...

CLARA. Tú embebecido gozando,

en tanto que suspirando

las horas pasaba yo...

ZENON. Por Dios, tus pesares calma...

da treguas á tu quebranto...

¿no ves que con ese llanto

me llenas de angustia el alma.

Cesa... nos puede infamar

aquí una sospecha leve...
y oye, Clara, porque en breve
nos vamos á separar.

Es cierto, muy cierto, sí,
que por la ambicion llevado
tras del poder me he lanzado
con sin igual frenesí.

Tras de él mi indomable brio
horas pasó de amargura,
y dí mil veces tortura
al pobre talento mio.

Y ¿tú no sabes por qué,
brillante luz de mis ojos,
por esta senda de abrojos
avanzo con tanta fé?

Pregúntaselo al que un día
de mi lado te arrancó
y audaz en rostro me dió
con su poder é hidalguía.

Oh!... desde entonces juré
no reconocer igual:

busqué remedio á mi mal...

y pienso que lo encontré.

Ah!... no lo dudes, sí, sí:

esto no es un sueño vano;

pero... si tanto me afano

por quién es sino por tí?

Quiero, al que su alta nobleza

me ponderó, hacerle ver

que yo te puedo ofrecer

tanto amor como grandeza.

Que á la humildad de mi cuna,

nobleza le da sus galas;

que yo cabalgo en las alas

de la fama y la fortuna;

y que mi esperanza es tal,

y tan grande lo que trazo...

que el asta ha de ser mi brazo

del pabellon nacional.

Y acaso tanto poder,

ahuyentará mi dolor?

Me has dicho que tengo amor.

CLARA.

ZENON.

á una opulenta muger:
 que á tu cariño hice agravios,
 que procedí con falsía...
 mas, tú ignoras, vida mia,
 lo que aquí mienten los labios:
 tú ignoras que entre la gente
 de que cercada aquí estás
 se dice mucho, y jamás
 se dice lo que se siente.
 Pues va en esta confusion
 cada cual á su demanda,
 y en palacio siempre manda
 la cabeza al corazon.
 Por eso tú, bien se vé,
 que siempre inocente has sido,
 facilmente habrás podido
 dudar de mi ardiente fé.
 Mas de tu seno jamás,
 alteres la dulce calma,
 porque tú, Clara del alma,
 siempre mi ídolo serás.
 Cuanto te digan y veas,
 cuanto llame tu atencion,
 todo ello es pura ficcion,
 nada escuches, nada creas.
 Porque aquí por varios modos
 todas van, mi dulce bien,
 á quien mas engaña á quien...
 y yo engañar quiero á todos.

CLARA.

¡Ah!

ZENON.

Sí, tengo esta ambicion,
 lo juro por mis amores!
 Quiero limpiar de traidores
 y estrangeros la nacion.

CLARA.

Me estremeces en verdad
 con lo que intentas hacer...

ZENON.

¿De mi amor quieres tener
 completa seguridad?...

CLARA.

¿Qué dices?

ZENON.

Que pronto estoy
 á ahuyentar nuestros pesares,
 jurándote en los altares

- eterna fe: ¿quieres? hoy...
- CLARA. ¡Ah!... ¡mi padre!.. tal vez ya...
habrá cesado en su empeño...
- ZENON. Aun creerá que soy pequeño;
¡no, no!.. me despreciará.
Escucha: hoy me ves aquí,
ante tu faz soberana,
pero... yo no sé mañana
lo que podrá ser de mí.
¿Quieres enlazar tu suerte
con la mia?.. fija un plazo,
y un secreto estrecho lazo
nos unirá hasta la muerte.
- CLARA. ¡Ay Dios!
- ZENON. ¿Qué respondes?
- CLARA. ¡Ah!..
- MARQUESA. (Dentro.) Podeis anunciar la audiencia.
- ZENON. ¡Cielos!
- CLARA. ¿Temes su presencia?
- ZENON. (Conduciéndola á la cámara de la Reina.)
¿Y bien?... (Con resolución.) Sí.
- CLARA. (Con resolución.) Sí.
- ZENON. ¡Vete!
- (Entrecabre la puerta, entra Clara y al ir á cerrarla
aparece la Marquesa seguida del Ujier que se va por el
fondo dejando abierta la de la izquierda.)

ESCENA IX.

MARQUESA. ZENON.

- ZENON. (Asido del picaporte.) (Aquí está.)
- MARQUESA. ¡Ah!.. ¿qué haceis en esa puerta?
- ZENON. Vuestras ordenes oí...
y á repetirlas aquí...
- MARQUESA. (Dirigiéndose á la puerta.)
No, no... dejad que yo advierta...
- ZENON. (La va á ver... ¡Oh!.. ya pasó.)
- MARQUESA. (Reconociendo el interior.)
(Nadie...) (Al Ujier.) Las doce.
- (Abre el Ujier la puerta y se retira por el fondo; pocos mo-
mentos despues va saliendo el número posible de caba-
llos: unos entran en la cámara del Rey, otros en la
de la Reina, dejándose ver entre estos el Embajador de

Francia.) Creí

que á mas distancia de aquí
os iba á encontrar...

ZENON.

¡Oh!.. no
como os pusisteis á hablar
con el Rey tan en secreto,
conociendo vuestro objeto
me alejé por no estorbar.
Mas, daros muestras ansiaba
de gratitud y de fé...
á dije aquí aguardaré
y aquí aguardándoos estaba. Y

MARQUESA.

Pues podeis mudar de intento,
que á mí nada me debeis.

ZENON.

¡Qué decis!..

MARQUESA.

¿No lo sabeis?

ZENON.

¿A quién?..

MARQUESA.

A vuestro talento.

ZENON.

¡Marquesa! ¿os burlais de mí?

¿á mi talento... ¡quimera!

Y bien, aunque lo tuviera

¿vale lo que hoy os debí?

Y ¿qué pruebas de él he dado

para merecer unidas

las honras tan distinguidas

con que hoy el Rey me ha colmado?

Ese es un vano pretesto

que sonroja á mi humildad...

MARQUESA.

No es pretesto, es la verdad,

sois demasiado modesto.

Cuanto habeis escrito vos

sobre la hacienda y la armada,

lo ha visto el Rey con marcada

satisfaccion.

ZENON.

Mas... ¡gran Dios!

MARQUESA.

A solas ha examinado

vuestros proyectos...

ZENON.

¿Si?

MARQUESA.

Sí,

y un dia esclamar le oí...

He aquí un buen hombre de estado.

¡Buenos planes imagina!

- ¿Quién sabe si á este doctor le deberá su esplendor nuestra naciente marina? Con que, amigo, ya lo veis: vuestra duda está esplicada; no he tenido parte en nada, todo á vos os lo debeis. No he hecho mas que aprovechar una ocasion oportuna; y ha venido la fortuna á mis votos á coronar.
- ZENON. Y ¿os parece todavia que es poco, bella Marquesa?
- ¿Quién sino vos se interesa aquí por la suerte mia? A no ser por vos...
- MARQUESA. ¡Oh!... no...
- ZENON. Entre el vulgo confundido, el Rey no hubiera sabido que estaba en el mundo yo: ni con tanta brevedad se premiara mi desvelo; ni hubiera tendido el vuelo con tanta seguridad.
- MARQUESA. Empeñado estais, Marques, en agradecerme algo.
- ZENON. Sí señora, cuanto valgo.
- MARQUESA. Cesad... veremos despues...
- ZENON. ¿De mi gratitud os pesa?
- MARQUESA. ¡Gratitud!... no agradezcáis á quien solo...
- ZENON. ¿No acabais?
- MARQUESA. Torpe sois.
- ZENON. (Tomándole una mano.) ¡Ah!... no, Marquesa. (Siguen hablando aparte.)

ESCENA X.

- MARQUESA. ZENON. CONDE. MR. KEEN.
- KEEN. ¿Eh? Conde...
- CONDE. ¿De qué hablarán...
- KEEN. Quién sabe si esos señores...
- CONDE. De política...
- KEEN. O de amores:

CONDE. muy engolfados están.
 ¡Oh!.. yo le impondré la ley...
 ya vereis como lo espanto...
 XEEN. Hareis muy bien: yo entre tanto
 me voy á hablar con el Rey.
(Vase por la izquierda.)

ESCENA XI.

MARQUESA. ZENON. CONDE.

CONDE. ¿Os interrumpo?
 MARQUESA. No, Conde.—
 ZENON. *(Bajo á la Marquesa.)*
 De mi buena suerte espero...
 MARQUESA. Sí, sí; esperad, eso quiero;
 porque...
 CONDE. *(Apenas me responde.)*
(Bajo á la Marquesa.)
 Vuestro rostro encantador
 hoy cruel está conmigo
 como nunca.
 MARQUESA. Eso es, amigo,
 un favor y un disfavor.
(Bajo á Zenon.)
 ¿Lo veis?.. me está interrumpiendo
 y ya no es facil que aquí...
 CONDE. *(¡Otra vez vuelve!.. y de mi*
mofa tal vez está haciendo..)
(Bajo.) ¿No le quereis conceder
 á vuestro rendido amante...
 MARQUESA. Sí, señor Conde, al instante...
(Bajo á Zenon.) Hoy os espero á comer,
 y allí del plan con despacio...
 CONDE. *(Reniego de su capricho..)*
 Señora...
 MARQUESA. Sí, ya os he dicho...
(A Zenon.) No os esteis mucho en palacio...
 CONDE. *(Ya tanto desden me humilla.)*
(Bajo á la Marquesa.) O Somodevilla, ó yo.
 MARQUESA. *(A Zenon.)* O Clara, ó yo...
 ZENON. Vos.
 MARQUESA. *(Con satisfaccion.)* ¿Pues no!)
 ¿Conde?—
 CONDE. ¿Qué?

MARQUESA. (*Dirigiéndose á la cámara de la Reina.*)
Somodevilla.—

ESCENA XII.

ZENON. CONDE.

CONDE. (¡Tan atroz desaire á mí!..
En piedra me ha transformado..)
ZENON. (*Procurando contener la risa.*)
Parece que os ha picado
alguna víbora...

CONDE. Sí.

¿Y eso á reir os precisa?

ZENON. Cosas del mundo...

CONDE. (Y ¿yo aguanto..)

ZENON. Lo que á unos produce llanto
en otros produce risa.

CONDE. Lo que decís ¡vive Dios!
mirad bien...

ZENON. ¡Oh!.. quién creería
que aquí yo venir debía
para reirme de vos?

CONDE. Y ¿os atreveis...

ZENON. ¿Si me atrevo?...

¿Pues no lo veis..? además

que yo en esto no hago mas

que pagaros lo que os debo.

¿Teneis la memoria escasa?

Y ¿os importa...

CONDE.

ZENON.

Sí, pardiez.

¿No os acordais que una vez
estuvisteis en mi casa?

Por dicha ¿olvidar pudisteis

lo que entonces pretendia?

¿Teneis presente aquel día

cuán en poco me tuvisteis?

«Lo de la boda... eh? ja! ja!»

Dijisteis á vuestro tío...

y ahora de ella y de él me rio,

y...

CONDE.

ZENON.

CONDE.

¿De mí?

Pues claro está.

Yo lograré ese descaro
castigar cual corresponde.

- ZENON. Hareis mal; porque eso, conde,
os puede costar muy caro.
- CONDE. Porque valimiento aqui
habeis logrado tener,
¿pensais que vuestro poder
ha de alcanzar hasta mí?
Vanas serán las fatigas
que por ello paseis... oh!
estoy á cubierto yo
de vuestras torpes intrigas.
- ZENON. Nada, conde, no lograis
hacerme fruncir el ceño:
sois enemigo pequeño...
y en vano, en vano os cansais.
Toda la hiel que derrama
vuestra boca, os la perdono...
porque es justo vuestro encono...
os he quitado la dama...
- CONDE. ¡Callad!... ó viven los cielos,
que si no os vais mas despacio,
aunque estemos en palacio...
- ZENON. ¡Lo que arrebatan los celos!
- CONDE. Mucho presumís, por Dios,
con vuestra fortuna loca.
- ZENON. Conde... que os pierde la boca.
- CONDE. ¿Quién sois?
- ZENON. Tanto como vos.
- CONDE. No sabeis lo que decís.
- ZENON. ¡Oh!... sé muy bien lo que digo.
- CONDE. Vos, pobre hidalgo, ¿conmigo
igualaros presumís?
¿Sabeis de mi estirpe?
- ZENON. No.
- CONDE. Es ilustre por demas;
soy noble, ¿entendeis?
- ZENON. Yo mas.
- CONDE. Y Grande de España.
- ZENON. Y yo.
- CONDE. ¿Grande vos, y de la nada
ayer os alzásteis...
- ZENON. ¡Calle!
- CONDE. Yo soy el conde del Valle.
- ZENON. Yo el marqués de la Ensenada.

(Pausa.—Aparecen por la derecha é izquierda el duque y Mr. Keen, seguidos de los caballeros que antes entraron y se reúnen en el centro de la escena. D. Diego llega por el fondo. Keen le dice breves palabras al oído y se retira.—El duque, después de saludar á varios caballeros, hace lo mismo.)

ESCENA XIII.

ZENON. CONDE. KEEN. DUQUE. DIEGO. CABALLEROS.

KEEN. (Esperanzas.)

DUQUE. (Ilusiones.)

ZENON. Aquí los sarcasmos queden,
pues ya veis que no me esceden
en nada vuestros blasones.

Ya salen... callemos, pues,
y si el rencor os aflige
y os pesa de lo que os digo,
podeis buscarme después.

¿Señores...?

CAB. 2.º

Ya hemos sabido...
y os damos el parabien.

ZENON. Gracias, señor don Guillen;
acepto vuestro cumplido.

Hoy tanto su majestad
de favores me ha colmado,
que ya me encuentro abrumado
con tanta felicidad!

Del rey las bondades quiero
celebrar cual corresponde...

y el señor marqués y el conde
que vayan á honrarme espero.

DIEGO. Vos nos honrais por demás...

ZENON. No lo digais hasta el fin.

(*Sigue aparte con los caballeros.*)

DIEGO. (¿Quién sabe si del festín
para una torre saldrás?)

ZENON. A Dios, amigos... eso es,
preparaos á la jarana.

(*Aparte y retirándose.*)

¿Quién sabe lo que mañana
te espera, pobre marqués!

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

PERSONAS.

LA MARQUESA.

CLARA.

D. ZENON.

D. DIEGO.

MAURICIO.

EL CONDE.

MR. KEEN.

EL DUQUE.

CABALLEROS 1.º, 2.º y 3.º

UN LACAYO.

DAMAS.

CABALLEROS.

Habitacion del marques de la Ensenada: puerta grande en el fondo por la que se descubre el interior de varios salones iluminados y llenos de damas y caballeros. Una puerta á la derecha y otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

D. DIEGO. KEEN. CABALLEROS.

CAB. 1.º

Es preciso confesar
que Ensenada de esta hecha
á todos nos ha vencido
en lujo y magnificencia!

CAB. 2.º

Está brillante el sarao.

CAB. 3.º

¡Qué! si es una cosa nueva:

¿no os parece, mister Kin?

¿se danza así en Inglaterra?

KEEN.

Somos poco aficionados

á dar que hacer á las piernas,

y por eso, caballeros,

será difícil que pueda

compararse esta funcion

con las que allí se celebran.

CAB. 3.º

¡Oh!... ya sabemos que allí

se danza mas de cabeza;

pero confesad al menos,

- si repugnancia no os cuesta,
que la gente se divierte
mucho mas en esta tierra.
- KEEN. ¿Qué duda tiene? el caracter
y las costumbres se prestan...
- CAB. 3.º Por supuesto, la alegría
el decoro, la franqueza,
todo se halla aqui reunido,
nada mas que aqui se encuentra.
Tended la vista sino
por esas estancias regias,
y encontrareis confundidos
vistosos grupos de bellas
con los apuestos galanes
de la mas alta nobleza.
- CAB. 1.º Y ¿sabeis que el buen marqués
de la Ensenada se lleva
los obsequios y atenciones
de todas las damiselas?
- CAB. 3.º Hombre, eso es muy natural:
joven, con muy buenas prendas,
galanteador como él solo...
y ademas es fruta nueva...
(Mezquinos aduladores.)
- DIEGO. Marqués, nos causa estrañeza
no encontrar á doña Clara
entre las demas bellezas.
¿Por qué no la habeis traído?
- DIEGO. Está al lado de la reina,
y esta noche era imposible
que de palacio saliera.
- CAB. 3.º ¡Palacio!... siempre palacio
las mas hermosas nos lleva...
y ¿quién hace camaristas
á muchachas... ¡eh! las viejas
son las que deben estar
haciendo allí penitencia.
- CABALLEROS. Ja! ja!
- CAB. 3.º Digo bien, señores:
nos estafan...
(Oyese música á lo lejos.)
- CAB. 2.º ¿Oís? La orquesta.

CAB. 3.º Voy, voy; porque me ha ofrecido
un minué la baronesa...

CAB. 1.º Y yo á veros...

CABALLEROS. Vamos, vamos.

ESCENA II.

DIEGO. KEEN.

DIEGO. Sí, marchad á hacer piruetas.
¡Miserable juventud!

KEEN. qué torpe eres y qué necia...

KEEN. ¿Qué teneis, señor marqués?

DIEGO. Nada. Kin: ¿y la marquesa?

KEEN. Aun no ha venido.

DIEGO. Estará

en palacio dando guerra...

KEEN. Pero... ¿vos no estais seguro?

DIEGO. Ninguna duda me queda.

Esta mañana me ha dicho

Carvajal con gran reserva,

que debe está misma noche

quedar la cosa resuelta.

KEEN. Entonces somos felices.

En nombre de la Inglaterra

se han hecho varios regalos

á personas de influencia,

y su apoyo han ofrecido

en cuanto de ellas dependa.

Ya veis que por nuestra parte

os damos todas las pruebas...

DIEGO. Será igual mi gratitud

y mayor la recompensa.

KEEN. ¡Oh!... con esto no es deciros...

DIEGO. Aquí, hasta las doce y media

he dicho que me hallarán...

KEEN. Con que aquí estais á la espera...

DIEGO. Sí, amigo Kin, y por cierto

que ya es mucha mi impaciencia...

KEEN. Mas calma, señor marqués,

no estan las doce tan cerca...

DIEGO. Cada minuto que pasa

una esperanza me lleva.

Si el nombramiento me envian,

si esta noche la cartera
de secretario de Estado
y del despacho me entregan,
vereis al Somodevilla

qué pocas ganas le quedan
de volver á hacer alarde
conmigo de su grandeza...

KEEN. Y ¿habeis notado, don Diego,
que el de Francia no lo deja,
y que están toda la noche
uno y otro en conferencia?

DIEGO. Tanto mejor. De ilusiones
uno y otro se alimentan;
dejadlos que entre esperanzas
irrealizables se aduerman,
que yo los despertaré
mas pronto de lo que piensan.

ESCENA III.

DON DIEGO. KEEN. MAURICIO *por la izquierda del fondo, llamando hacia la derecha: despues un LACAYO.*

MAURICIO. ¡Eh!... ¡muchacho!...

KEEN. ¿Quién es ese
que grita desde la puerta?

DIEGO. El padre de nuestro héroe;
un hidalgo de aldea
que ha venido por la posta
para amenizar la fiesta.

MAURICIO. (Al lacayo.) Vente conmigo...

(Reparando en los que están en la escena.)

¡Hola!... ¿hay gente?
¡Calle!... Don Diego, muy buenas...

DIEGO. (Con tono de burla.) Adios amigo... ¿qué tal?
¿se baila, se galantea?

MAURICIO. Así, lo mismo que usted...
que es decir como cualquiera.

KEEN. ¡Ja! ¡ja!... (Sonriéndose.)

DIEGO. (A Keen.) Que zafio es el hombre.

KEEN. Si...

MAURICIO. (¿Ya andamos á la oreja?)

(Al lacayo.) Dime, y esotro ¿quién es?

LACAYO. El enviado de Inglaterra.

- MAURICIO. ¡Sopla! no tienen entrambos cara de hacer cosa buena.
- DIEGO. Kin, separémonos ya... no ocasionemos sospechas...
- KEEN. Volvámonos al salon.
- MAURICIO. Pero, hombre, quien nos dijera allá, por aquellos tiempos en que iba usted por mi tierra á salto de mata...
- DIEGO. (*Retirándose.*) Si... todo se cambia y se altera...
- MAURICIO. (*Siguiéndole.*) Es verdá; y ¿no piensa usted en dar por allí la vuelta?
- DIEGO. No señor.—
- MAURICIO. ¿Se va á bailar?
- DIEGO. (*Con despego.*) No señor.—
- (*Sale con Keen por el fondo y se van uno por la derecha y otro por la izquierda.*)
- MAURICIO. (*Desde la puerta hablando en la direccion que lleva D. Diego.*) Buena respuesta. Aproveche la ocasion por si en otra no se encuentra.

ESCENA IV.

MAURICIO. LACAYO.

- MAURICIO. Yo no sé si entenderá este señor de indirectas. Por sí ó por no, le encajé la pildora. ¡Oye! Babieca.
- LACAYO. Señor...
- MAURICIO. Acércate acá.
- LACAYO. ¿Qué es lo que manda vucencia?
- MAURICIO. ¿Cómo se entiende!
- LACAYO. Yo... sí...
- MAURICIO. ¡Toma! y lo dice de veras.
- LACAYO. Perdonad, alto señor...
- MAURICIO. ¡Eh!.. dejémonos de altezas.
- LACAYO. Escelentísimo...
- MAURICIO. ¡Dale!..
- ¡Gaznápiro!.. ¿á mí con esas? mirame bien: ¿esta cara, dime, es cara de esclencia?

- LACAYO. ¿No sois el padre de bapozmohz;
 MAURICIO. Pero... bueno aunque lo seahboT
 ¿qué tiene que venir el finop on y
 brocado con la bayeta? up obneiv
 Si el ganó ese tratamiento lavèll
 con su discurso y susletras, al fa
 bien está, que se lo den, illa, illa
 es Marques... y enhorabuena al y
 Pero yo que siempre estuve yoV
 entre mulas y entre ovejas, (LACAYO)
 y no entiendo de otra cosa (MAURICIO)
 que de arar y de cosechas, (LACAYO)
 soy un topo como tú, (MAURICIO)
 llámalo á él como debas, (MAURICIO)
 pero á mí, solo Mauricio. es (MAURICIO)
 ¿Lo entiendes? Mauricio á secas. (MAURICIO)
 LACAYO. Como gustéis, (LACAYO)
 MAURICIO. No, que notarian (MAURICIO)
 al César lo que es del César, (MAURICIO)
 como dice el tío Facundo, (MAURICIO)
 Pero oye acá, buena pieza; (LACAYO)
 á qué ahora se da de mano (MAURICIO)
 á la danza en esta tierra?
 LACAYO. Allá á las dos ó á las tres
 de la madrugada...
 MAURICIO. ¡Aprieta!
 á las tres, buena la hicimos! A
 ¿Y hasta entonces no se cenó? el
 LACAYO. Es conforme... ¿quereis vos? sup
 MAURICIO. Ps... no más que una friolera... se
 LACAYO. ¿Algun helado, ó bizcochos? si
 un poquito de jalea, sup
 almibar, vino, ó sangría? si
 MAURICIO. ¿No hay quien te la haga á tu suelta? (MAURICIO)
 LACAYO. Pues le diré al repostero. (LACAYO)
 MAURICIO. No, sino á la cocinera; (MAURICIO)
 y no hables de golosinas, sup
 á quien tiene hambre de veras, (LACAYO)
 Ve á decirle que me envíe (MAURICIO)
 una cosa de conciencia, (MAURICIO)
 aunque sea un jabalí, sup (LACAYO)
 LACAYO. Sí señor, es cosa hecha, (LACAYO)

¿adónde quereis que os sirva?
MAURICIO. Toda la casa está llena...
 y no quiero que murmuren
 viendo que salto á las reglas..
 llévalo... sí, mejor es,
 al jardín, en la glorieta..
 allí, allí; que hace calor
 y la noche está de perlas.
LACAYO. Voy al momento..
MAURICIO. Oye, chico:
 que no falte una botella..
LACAYO. ¿De Oporto, Rhin, Frotiñan..
MAURICIO. ¡Rhin... Frotiñan... Cariñena!

(Vase el Lacayo por el fondo, izquierda.)

Que es vino de buena boca
 y quita todas las penas.
 Voy á esperar la pitanza
 mientras estos se jalean.
 ¡Duro! ¡duro! yo á mis solas
 haré tambien penitencia.

(Vase por la puerta de la izquierda y salen por el fondo derecha, Zenon y el Duque.)

ESCENA V.

D. ZENON. EL DUQUE.

DUQUE. Aquí descansar podemos,
 lejos de esa muchedumbre
 que al mirarnos tan unidos
 se maravilla y confunde.
ZENON. Sí, de nada hace misterios
 que levanta hasta las nubes.
DUQUE. Sin cuidado eso me trae.
ZENON. Tambien á mí, señor Duque.
DUQUE. Una vez que ya esa gente
 murmura, así... por costumbre,
 y que donde no hay objeto
 hallar peligros presume,
 démosle alguna ocasion,
 si á vuestra voluntad cumple
 para que tenga un motivo
 que con justicia le ocupe.

ZENON.

DUQUE.

No entiendo.

Os lo explicaré.

perdonad que os importune

con una proposicion

que espero que no os disguste.

ZENON.

Hablad pues; vuestras palabras

no comprendo á lo que aluden.

DUQUE.

Figuraos, señor marques

que atendiendo á vuestras luces

y que al gobierno de España

le pudieran ser muy útiles

hay quien se empeña en llevaros

del poder á la alta cumbre

ZENON.

¿A mí al poder? hasta ahora

nada á esperar lo me induce

DUQUE.

Podrá ser lo que decis

mas... dispensad que lo dude

si no lo esperais, al menos

luchais con la incertidumbre

y vuestros ojos ahora

esta verdad me descubren

ZENON.

¿Mis ojos? Oh! vuestra astucia

por ellos nada consulte

porque le darán gran chasco

si espera que me denuncien.

DUQUE.

Sé vuestra serenidad

pero aquí á nada conduce

porque voy á hablar muy claro

y quiero que el que me escuche

me conteste con la misma

franqueza que le pregunten

ZENON.

Con ella os contestará

si con ella se le arguye

DUQUE.

El sistema de gobierno

que hay en España produce

males sin cuento á la Francia

que no sé cómo los sufre

y que no es justo. Marques

que por mas tiempo la abrumen

Sabeis el fraterno lazo

que á las dos potencias une

y que son sus intereses

- desde lo antiguo comunes,
por consiguiente es preciso
que este sistema se mude,
antes que tambien á España
graves perjuicios resulten.
ZENON. (¡Oh! ¿qué interés le inspiramos!
veremos cómo concluye.)
DUQUE. ¿Que decís?...
ZENON. Nada: pensaba
en el lazo... que nos une...
DUQUE. Si, teneadlo muy presente...
ZENON. Próseguiré, para que juzgue...
DUQUE. Se trata de hacer ministro
á un hombre que al punto busque
los medios mas á propósito
para que todo se anude.
La Francia le sostendrá
mientras su objeto secunde,
y siempre que á todo trance
los de la Inglaterra fustre.
Hay muchos que lo apetecen,
pero pocos que disfruten
del prestigio que Eusebada,
y entre otros hombre ilustres
se ha pensado en vos: ahora
decid lo que se os ocurre...
ZENON. Os doy mil gracias por eso...
que no sé como titule,
porque hay cosas cuyo nombre
no hay labios que lo pronuncien.
Entre esos ilustres hombres
que apetecen ese ajuste,
y que nunca serán mas
que unos traidores ilustres,
podeis buscar un ministro
que nos venda y que os ayude,
y que sin remordimiento
á ser español renuncie,
que yo no acepto tratados
que al honor de España insulten,
ni quiero que mi conciencia
tenga nada que le puncie.

- DUQUE. Esto es lo que por de pronto
 responderos se me ocurre.
 DUQUE. Vos no me habeis comprendido.
 ZENON. Demasiado, señor Duque.
 DUQUE. ¿Y renunciáis el poder?
 ZENON. ¿Os pasma que lo rehuse
 un joven cuya ambición
 ... tan alto grado sube?
 DUQUE. ¡Caprichos! tanta grandeza
 no esperéis que me deslumbre,
 cuando se habla de traición
 de la lisonja al perfume,
 ¿qué es el poder?... renunciara
 la vida sin pesadumbre.
 DUQUE. No seréis ministro; en tanto
 que ese escrúpulo os sojuzgue.
 ZENON. Eso es lo que no sabemos
 la fortuna es muy volable.
 DUQUE. Pues temed que la Inglaterra
 de iguales recursos use,
 y entonces se pierda todo.
 ZENON. Eso al monarca le incumbe.
 DUQUE. Mirad que circulan voces.
 ZENON. Bien, dejadlas que circulen.
 DUQUE. Mucho mister Kin trabaja
 medios de triunfar reane,
 y á la señora Marquesa
 será facil que derrumbe.
 ZENON. Ellos allá que se entiendan
 y que frente á frente luchen.
 y ya veremos si al cabo
 es ella, ó él, quien sucumbe.
 Pero... no perdais el tiempo
 con pláticas tan inútiles
 volved al salon... acaso
 hallareis quien os tribute
 gracias, y á todo se preste
 con tal de que se le encumbra.
 DUQUE. ¿Con que vos...
 ZENON. Jamas, jamas.
 DUQUE. Adios Marques.
 ZENON. Adios Duque.

Esto es lo que por de pronto

responderos se me ocurre.
Vos no me habéis comprendido.

ESCENA IV

Demasiado, señor Duque.

¿Y repugnancia?

Os basta que lo repuse.

A buena parte has venido,
me has dado á entender el juego...

Y puede ser que haya estado
devanándose los sesos.

para organizar el plan, obsequio

y para hacerme instrumento

precisamente, ninguno es

pudiera servirle menos.

¡Pobre frances!.. y, qué enfático,

y con qué inaudito imperio

pretende que á su manera

la nuestra tierra gobernemos.

Pues todo por nuestro bien.

¡págueme el diablo su intento!

Si á su corte no le agrada,

el neutral sistema nuestro

tanto mejor, luche solos

y ella pase el riesgo á los

que aquí la paz nos conviene.

y somos aquí primero.

Pues digo, ¿al tal Mister Kim

donde le colocaremos?

enredador, suspicaz,

se vale de cuantos medios

están al alcance humano.

para vencer y envolvernos

y los dos con su cariño.

nos tienen entre dos fuegos

¡Oh!.. si en mi mano estuviera

ese poder tan supremo

que pronto se quitarían

tantos estorbos de enmedio.

Pero me ha indicado el Duque

que se maquina en silencio

para hacer que la Marquesa

pierda su influjo... ¡perversos!

ella es la que os tiene á raya

con su infatigable celo.—

Bueno será que lo sepa:

quiero avisarla al momento

para que esté prevenida,

porque esto se pone serio.

Acaso estará en palacio...

si yo mismo... ¡qué!... no puedo,

esa gente notaría

mi ausencia... y luego, misterios...

y ¡a quién he de confiar...

escribir... nada, cerremos

(Cierra la puerta del fondo.)

cerca está; por el jardín

salgo, y al instante vuelvo...

(Sale la Marquesa por la puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

LA MARQUESA. ZENON.

ZENON.

¡Ah!

MARQUESA.

Que Dios guarde á vuecencia

ZENON.

Marquesa, mucho me alegro

de veros tan á propósito.

¡Oh!... sí, venis, muy á tiempo.

MARQUESA.

¿Qué sucede?

ZENON.

Iba á buscaros.

MARQUESA.

¿A buscarme?... y bien ¿qué es ello?

ZENON.

Ahora mismo, aquí, he tenido

con el de Francia un encuentro,

y con varias condiciones,

bien humillantes por cierto,

me ha revelado su plan,

me ha ofrecido el ministerio.

Con enojo he rechazado

tan miserable proyecto,

y entonces salió á buscar

con quien ponerse de acuerdo;

pero añadió al retirarse

que el de Inglaterra en secreto

conspira, y contrarestar

vuestro influjo se ha propuesto.

A palacio iba a buscarlos,
pero sin duda aquí el cielo
os trajo.

MARQUESA. ¡Ja... ja...

ZENON. Os reís?

MARQUESA. Sí, sí; mucho os agradezco
el generoso interés
que os habeis tomado...

ZENON. Pero...

MARQUESA. No ignoro de Mister Kim
cuales son los pensamientos,
ni a lo que aspira llegar
con sus planes maquinavélicos.
Para separar los lazos
estrechísimos que tengo

con la reina, ¿a quién pensais
que elijen por instrumento?

A doña Clara Fajardo.

ZENON. ¿Que me decís?

MARQUESA. Es lo cierto.

ZENON. Y ¿pensais que ella se preste?

MARQUESA. Mucho la ostiga Santello;
mas no sirve doña Clara
para embrollar palaciegos,
ni es capaz de dar abrigo
a la traicion en su pecho.

No obstante, como se explotan
en mil dano varios medios,
sabe Dios si con alguno
coronaran sus deseos.

Tengo muchos enemigos,
muchos que envidian mi puesto
y en secreto se conjuran;
podrán vencerme, y espero
que vos me protegeréis...

ZENON. Yo, Marquesa, protegeros?

MARQUESA. Vos, si señor.

ZENON. Olvidais

que mi destino y el vuestro
en todo marchan unidos,
y que iguales quedaremos.

MARQUESA. ¿Quién sabe...

ZENON.

Y un débil yástago
trasplantado en el desierto,
lejos del árbol frondoso,
que le dió vida y sustento,
¿qué sombra podrá ofrecer
al fatigado viajero?

MARQUESA.

Mucha. Marqués, no sabéis
lo que estáis ahora diciéndo;
porque este yástago débil
ha brotado tan soberbio,
y tan lozano ha tendido
su ramaje sobre el viento,
que es ya coloso y vejeta
con su sombra oscureciendo
al árbol que fué gigante
y á quien debió el ser primero.

ZENON.

No os entiendo.

MARQUESA.

No es extraño,
mas lo entenderéis muy presto,
y pues no quiero que ignoreis
ciertas nuevas por mas tiempo.

ZENON.

Cuales, decid.

MARQUESA.

Saludad
al Rey don Fernando sexto

que se ha servido nombraros
su ministro.

ZENON.

¡Santos cielos!

¡Señora! podrán mis hombros
sostener tan grave peso?

MARQUESA.

Cuidado con vacilar
en tan crítico momento;

nada se sabe hasta ahora;
y si el campo les cedemos,
podremos ser los vencidos
y los vencedores ellos.

¿Qué si podreis? os lo juro,
fuerzas teneis, y á lo menos
vuestra intencion será pura
y español, vuestro gobierno.
Y os aseguro, Ensenada,
que con buena fé y talento,
es como se consolida.

el bienestar de los pueblos.

ZENON.

Vuestras palabras, señora, dan nueva fuerza á mi aliento y avivan el fuego patrio que en el corazón encierro.

CLARA.

No os engañais, mi intención,

CLARA.

mi constante pensamiento

será: que el nombre de España

se pronuncie con respeto

desde los ardientes climas

hasta la región del hielo.

Yo cubriré de bajeles

el Océano turbulento,

y clavaré de Castilla

el estandarte soberbio

sobre las nevadas cumbres

de los altos Pirineos.

MARQUESA,

Eso es lo mas importante

y hareis lo que nadie ha hecho.

En breve os remitirán

de palacio el nombramiento,

pues iba, cuando he salido,

el secretario á estenderlo.

Además,

(Siguen hablando aparte. El conde entra por la puerta

del fondo y asoma la cabeza.)

CONDE.

¿Qué recatados?

y aquí los dos en secreto,

si yo pudiera vengarme

de los dos á un mismo tiempo.

Voy á hacer que los sorprendan

y á que cunda su descrédito. *(Ocúltase.)*

MARQUESA.

No lo dudeis, eso ha dicho.

ZENON.

Pues os juro que lo siento

creerá...

MARQUESA.

A vuestra elevacion,

no vos, el rey lo ha dispuesto;

es preciso que acompañe

el destierro de Santello.

Mister Kim ha hecho regalos

á todos los consejeros

y estos son los que al Monarca

...vos... sus planes han descubierto...
 ...esto...
 ...osivo... ESCENA VIII...
 ...Oh!...
 MARQUESA. ZENÓN. EL LACAYO.
 He atropellado por todo...
 LACATO. Señora...
 ZENON. ...obom...
 LACATO. ...Que sucede...
 Perdonad mi atrevimiento...
 pero en un coche ha llegado
 una dama, y con empeño me
 pretende que la escucheis
 á solas, breves momentos...
 ZENON. Una dama... y ¿quién?...
 LACATO. ...Lo ignoro.
 El rostro (tiene cubierto)...
 y no ha querido decirme...
 su nombre...
 ZENON. (Ala Marquesa.) No sé si debo...
 MARQUESA. Recibid...
 ZENON. (Al lacayo que se retira.) Bien, que pase...
 Pero ¿quién será?...
 MARQUESA. ...Hasta luego.
 ZENON. ...
 MARQUESA. Por allí, saldré...
 (Señalando á la izquierda.)
 interrumpirlos no quiero...
 ZENON. ¿Interrumpir? esperad...
 no presumo...
 MARQUESA. ...Solo os dejo...
 ¿no recordais que esa dama
 á solas pretende veros?...
 (Dirigiéndose á la puerta.)
 Cuidadlo con las audiencias y
 secretas... (Entornando la puerta.)
 ¿A qué la esperas...
 ESCENA IX
 CLARA. ZENON. LA MARQUESA, escondida.
 ZENON. (Mirando por la derecha.) Y
 ¡Ah!... ¡Cielos!... ¡qué compromiso!

- CLARA. ¡Clara! (Descorriendo el velo.) ¡Soy yo! Soy...
ZENON. Señora...
- CLARA. vos aquí... tan de improviso...
ZENON. ¡Oh!... sí, sí...
CLARA. Tan a deshora...
ZENON. He atropellado por todo
para cumplir mis deseos;
CLARA. no te afaces de otro modo...
ZENON. vengo a implorar tu...
ZENON. Teneos...
CLARA. ¡Teneos! ¿qué es esto?...
ZENON. Es...
CLARA. Mi vista te es ya enojosa...
ZENON. Así recibe el Marqués...
MARQUESA. de la Ensenada, á su esposa?
MARQUESA. (Cerrando la puerta.)
CLARA. Ah!...
ZENON. ¿Quién!...
ZENON. Hum!... nos has perdido...
MARQUESA. nos estaban escuchando...
CLARA. Mas...
ZENON. (Abriendo la puerta de la izquierda.)
MARQUESA. Señora... ya ha partido.
CLARA. Pero... ¡quién! estoy temblando.
ZENON. La Marquesa...
CLARA. Ah!... ¡aquí!
ZENON. Sí, para asuntos de estado...
CLARA. ¿Con que eres ministro?...
ZENON. Sí...
ZENON. ¿en qué ocasión has llegado!...
CLARA. le he dado tu ofensa...
ZENON. nuestro secreto...
CLARA. no me importará mañana...
ZENON. pero hoy nos puede perder...
CLARA. ¿Cómo?...
ZENON. ¿Ilegaste á olvidar
del real palacio las leyes?
tú no te puedes casar
sin licencia de los reyes.
Y caeremos en desgracia...
¡Ah!... ¡Cielos!... nos descubres...

CLARA.

¡Oh!... sí, sí:
tú sientes perder su gracia?...

ZENON.

¡No!.. si lo siento es por ti.

¿Disponerte a mi ambición?

Su gracia... ¡me has ofendido!

CLARA.

No, nada he dicho, perdón!...

ZENON.

Pero, bien, ¿qué ha sucedido?

Ven, sígueme á otro aposento,

aquí te pueden hallar...

CLARA.

No, escucha solo un momento,

porque te voy á dejar.

En palacio me han contado

que en breve... ¿qué agitación?

mi padre va á ser llevado

á una perpetua prision.

Ya que el poder te sublima,

que ese tu antiguo encono,

y no consientas que jima

en tan horrible abandono.

En que es anciano repara,

y considera, por Dios,

que es el padre de tu Clara...

que alcanza ese golpe á dos.

ZENON.

Advierte, mi bien, primero

que no le impuso mi encono

ese castigo severo,

es emanacion del trono.

CLARA.

Mas tú puedes endulzar

su estremada suerte impia...

ZENON.

Mi sangre por alcanzar

su perdón, derramaría.

CLARA.

¿Y no hay remedio?

ZENON.

No sé...

pero calma tu dolor:

yo con mi rey cumpliré...

y cumpliré con mi amor.

(Se abrazan al tiempo que se abre la puerta del fondo y salen don Diego, el Conde y escaso número de caballeros que se detienen en el dintel de la puerta.)

(Pero este hombre es el demonio.

¡due átroz!... ¡esto al cielo clama!...

ESCENA X.

CLARA. ZENON. D. DIEGO. EL CONDE. CABALLEROS.

Después MAURICIO.

CONDE.

¡Qué noche tan calorosa!
aquí...

DIEGO.

¡Mi hija!

ZENON.

(Ah! ¡Desdichada!)

(A los circunstantes.)

Sí, señores; es la esposa
del marques de la Ensenada.

DIEGO.

¡Vuestra esposa!

ZENON.

Sí señor.

DIEGO.

¡Infame!

MAURICIO.

(Que sale por la izquierda.)

¡Qué bulla es esta?

¿A qué viene ese furor?

¿Se nos ha agitado la fiesta?

ZENON.

(Entregándole a Clara.)

Guardadla cual corresponde:

señor, a vos os la entrego.

(A los demás.)

Dejadme aquí con el conde

y con el señor don Diego.

(Cerrando la puerta.)

No es justo que la función

se altere, ni la alegría...

ESCENA XI.

ZENON. D. DIEGO. EL CONDE.

CONDE.

(Me lucí, por vida mía.)

DIEGO.

Decid, tan grande traición

de cierto habeis cometido?

ZENON.

¡Traición en vuestro despecho

llamareis al lazo estrecho

que por siempre nos ha unido?

CONDE.

(Pero este hombre es el demonio.

¡qué atroz!... ¡esto al cielo clama!...

ayer me quitó la dama
y hoy me quita el matrimonio...)

DIEGO. ¿Y qué cuenta le dareis
á mi honor nunca manchado,
habiéndolo así ultrajado?

ZENON. ¿Yo? ¡No!

DIEGO. ¿Qué le respondereis? U
Me habeis injuriado, si ágil sois
con intencion bien, cobarde, (con.)
y habeis despues hecho alarde
(de mi deshonor aqui)

Mas, yo quedaré vengado
comprendo bien el objeto
de ese enlace tan secreto... (h.)
pero os habeis engañado.
Oh! ¡llegásteis á entender
mi próxima elevacion,
y buskais la salvacion
por medio de una muger?

ZENON. Pero
¡Don Diego...! no prosigais;
fatal estais esta noche:
ved que con tanto reproche
de mi paciencia abusais.
Si Clara mi esposa es,
solo ha entrado en esta union.
por todo mi corazon
y por nada el interes.

Y sabia por demas
que á la cartera aspirábais.
Y sabia que sonábais
porque era un sueño y no mas.
En fin, señor, si á los dos
hoy nos habeis sorprendido
nuestra la culpa no ha sido
vos la teneis, solo vos.
Debiérais pedir me alhucias.
Por lo demas, ¿delirais
ó muy atrasado estais,
señor marqués, de noticias

ZENON. No, estais en un error.

DIEGO. Ah!

ESCUENA XIV

ZENON, DIEGO, CONDE y LACAYO.

DIEGO. ¡No!

LACAYO.

DIEGO.

ZENON.

CONDE.

ZENON.

CONDE.

ZENON.

CONDE.

ZENON.

CONDE.

CONDE.

DIEGO.

CONDE.

DIEGO.

CONDE.

DIEGO.

ZENON.

Un portero de palacio
estos pliegos... (Se los da a Zenon y se retira.)

(Con ansiedad.) ¡Para vos!

Este sí, y este, los dos.
(Abre uno y lo recorre brevemente.)

Perdonad... (Dándole a don Diego.)

¡Dadme el otro y lo examina.)

Este hombre es original...
y vaya si me ha jugado
dos ó tres... y bien mirado
no puedo quererle mal...

Pero, bien lo sabe Dios,
si le pillo, por quien soy...

¿Conde?

¿Sabéis que me voy
reconciliando con vos?

Sois galán de buena ley...

Tal vez esa voluntad
dure poco...

No.

(Dándole el papel.) Mirad.

(Buscando la firma.)

Y qué es esto? ¡Hola! «Yo el rey.»

Le nombran ministro... ¡Ay Dios!

¡y me he dejado engañar!

Vuelta otra vez a viajar;

nos destierran a los dos...

¿Qué dices?

(Dándole el papel.) Nada, trólera;

mirad, el rey lo ha mandado...

(A Zenon.)

Amigo, os habéis portado,

pedir mas, ambicion fuera...

¡Ah!

No, estais en un error;

no os quito yo la real gracia;
me duele vuestra desgracia
tanto como á vos, señor.

Si, de la corte saldreis;
fuerza es prestar obediencia,
mas... calmad vuestra impaciencia
que en breve aquí volveréis.

Y si volveis bien curado,
yo me daré buena traza
para que halleis una plaza
en el consejo de Estado.

DIEGO. La proteccion ; vive Dios!
que sin tiempo me ofreceis,
os ruego que la guardéis
por si os hace falta á vos.
¿Acaso habeis olvidado
ufano con tal conquista
que con una camarista
ciego os habeis enlazado?
Y vos podeis ignorar
que sin licencia...

ZENON. ;Señor!

DIEGO. ¿No sabeis tan grande error
adónde os puede llevar?

ZENON. Pero ¿vos capaz sereis...
Ved que á Clara de ese modo...

DIEGO. ;Oh!... por vengarme, de todo,
de todo, nó lo dudeis.

CONDE. (Vaya, en otra nueva lid...)

ZENON. Que es hija vuestra!

DIEGO. Jamás.

O vos ó yo, nada mas.

(Abrese la puerta del fondo y aparecen la marquesa
conduciendo á Clara y seguidas de Mauricio, Keen,
el Duque, y crecido número de damas y caballeros.)

ESCENA ULTIMA.

LA MARQUESA. CLARA. ZENON. D. DIEGO. EL CONDE. MAURICIO.
KEEN. EL DUQUE. DAMAS Y CABALLEROS.

MARQUESA. Venid, señores, venid,

y cumplamos con la ley
entre nosotros sagrada:
saludemos á Kensenada
primer ministro del rey.
(Señales de alegría entre las damas y caballeros.)

ZENON.

MARQUESA.

Señora.
Estais en presencia
de vuestra esposa...

(Entregándole un pliego.)

Tomad.

esta es de su majestad

la aprobacion y licencia.

ZENON.

(Bajo y con entusiasmo.)

¡Ah marquesa generosa!

MARQUESA.

(Lo mismo.) Os perdono.

ZENON.

Bien se ve...

MARQUESA.

(Alto.) Y si lo aprobais, seré
madrina de vuestra esposa.

CONDE.

(A Diego.) Ya lo veis, no hay remision...

DIEGO.

¡Qué fortuna tan sin tasa!

MAURICIO.

(A Diego.) En la Rioja hay una casa
que está á su disposicion.

Si hay destierro, menos malo

haga usté ese sacrificio

DIEGO.

Mil gracias, señor Mauricio,

acepto vuestro regalo.

DUQUE.

(A Keen.) ¡Lo habeis elevado vos?

KEEN.

Vos habeis sido.

DUQUE.

¡Estais loco?

KEEN.

Pues yo, no.

DUQUE.

Ni yo tampoco.

ZENON.

(Colocándose entre los dos.)

Sí, ninguno de los dos.

Y no os molesteis en vano

señores, pues si me elevó

es solo porque lo debo

al favor del Soberano.

¿Lo entendeis?... desde hoy será

otro de España el destino

y jamas del buen camino

ninguno me apartará.

Ya quedareis enterados:

DUQUE.

KEEN.

ZENON.

MAURICIO.

nada pretendais de mí,
 porque no hacen falta aquí
 (*Al Duque.*) ni tutores... (*A Keen.*) ni aliados.
 (Pediré mis pasaportes.)

(Pues señor, vuelta á empezar.)

¡Eh!.. señores, á bailar.

Dios bendiga á los consortes.

Chico, chico, oye un consejo:

tú eres mozo y tienes ciencia,

pero yo tengo experiencia

que de algo vale el ser viejo.

Nada puedo darte ya

que á tu buena suerte cuadre

sino el consejo de un padre

que en breve te dejará.

No atiendas á la malicia:

á los nobles y al pechero

mídelos por un rasero;

justicia, Zenon, justicia.

No admitas traba ninguna:

sé libre: las manos sueltas...

pues siempre está dando vueltas

la rueda de la fortuna.

(*Se abrazan y cae el telón.*)

FIN DE LA COMEDIA.



C